

EL BUEN CATEQUISTA

Ó SEA

CONSEJOS PRÁCTICOS

PARA ENSEÑAR CON FRUTO
EL CATECISMO A LOS NIÑOS.

Obras escrita en francés por un amigo de la niñez
y traducida en castellano por

P. L. S. J.

IMPRESO EN MÉXICO CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

"Todo el queiere de beber un
vaso de agua á uno de aquellos pe-
queñuelos tan solo por ser mi dis-
cipulo, en verdad os digo que no
perderé su galardón."

MATTH. X. 42.

65

MEXICO.

EL CATECISMO

N.º 18.

1878.

BX 1965

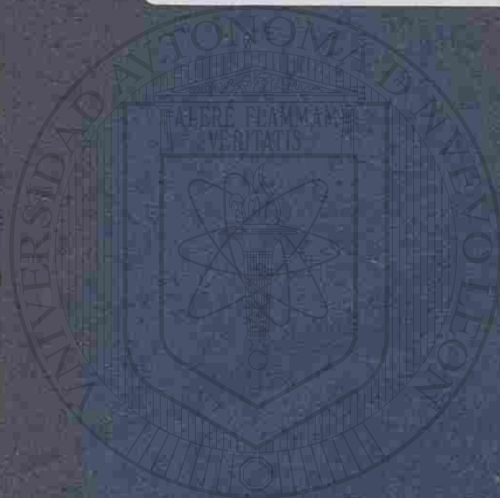
BB

C.

898



1080021554



EL BUEN CATEQUISTA

Ó SEA

CONSEJOS PRÁCTICOS

PARA ENSEÑAR CON FRUTO
EL CATECISMO A LOS NIÑOS.

Obra escrita en francés por un amigo de la niñez
y traducida en castellano por

P. L. S. J.

IMPRESO EN MÉXICO CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



"Todo el que diere de beber un
vaso de agua á uno de aquellos pe-
queñuelos tan solo por ser mi dis-
cipulo, en verdad os digo que no
perderá su galardón."

MATTH. X. 42.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

IMPRENTA DE "EL CATECISMO"

Calle de Balvanera núm. 154

1898.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DEDICATORIA.

A LOS CELOSOS MISIONEROS DE LA NIÑEZ,

Y A LOS

HONORABLES MIEMBROS DE CIRCULOS CATALOGOS.

¡Cuán grato es al que vive lejos de su patria oír desde remotas regiones noticias de su país! ¡Con cuánto regocijo recibe las nuevas de los adelantos que de uno ú otro modo se llevan á cabo en aquel dichoso suelo donde recibiera la existencia, y cuán dulcemente palpita su corazón al ver la prosperidad de que disfrutaban aquellos por quienes siente el mayor interés! Pues estos sentimientos, respetables señores, son los que más de una vez embargaron el alma del que se atreve hoy á presentaros el humilde fruto de sus trabajos.

Lejos de aquel suelo bendito, santificado por nuestra dulcísima Madre de Guadalupe, ¡cuántas veces no se humedecieron sus ojos con suaves lágrimas de placer al considerar, no tan solo la paz y prosperidad material de nuestro país, sino mucho más aún los progresos de la Religión y el santo ardor con que infatigables misioneros, intrépidos jóvenes de todas las clases de la sociedad, despreciadores de todo respeto humano, se afanan en procurar la difusión de las verdades religiosas, única base de la verdadera felicidad de los pueblos, y único apoyo también sobre que han de estribar esa misma paz y prosperidad materiales para ser duraderas!

009537

Animado de los mismos sentimientos, un santo sacerdote, arrebatado por la muerte al principio de su carrera apostólica en las misiones, me aconsejó contribuyera de algún modo á ese movimiento regenerador, traduciendo al castellano el opúsculo que doce años hace publicó en Tolosa un amigo de la niñez, cuya modestia le impidió revelar su nombre. En él nos pareció encontrar un sano directorio que hiciera producir mayores frutos á los trabajos que con tan envidiable celo lleváis adelante para enseñar la Doctrina Cristiana; y con el mayor gusto accedí á las instancias de aquel llorado amigo y celoso misionero. Os lo ofrezco, pues, como un legado piadoso que desde el cielo os envía el antiguo Vicerector del Seminario Moreliano, R. P. Juan N. Oviedo, S. J.

No me esforzaré en declarar aquí todas las ventajas que de este opúsculo pueden sacarse, principalmente por los Sres. Párrocos, profesores de escuelas parroquiales, y generalmente por todos los que tuvieren á su cargo la sólida instrucción de la niñez en la Doctrina Cristiana; porque á más de hallarse autorizado por la aprobación del sabio Cardenal Desprez, su sola lectura bastará para hacerlas patentes á cuantos lo recorriesen.

Sin duda que en varias cosas tendreis que perdonar las faltas del traductor; pero, confiando en vuestra indulgencia, no me pareció haber de arredrarme por semejantes temores. Recibid, pues, respetables señores, este humildísimo trabajo en testimonio del sincero aprecio y afecto que os profesa vuestro ínfimo siervo en Cristo.

EL TRADUCTOR.

APROBACION

DE

Su Eminencia el Cardenal Desprez,

ARZOBISPO DE TOLOSA.

Muy Señor mío:

Me pide V. autorización para publicar un librito que lleva por título El Buen Catequista: se la doy de mil amores. Estoy convencido de que ese trabajo será de suma utilidad á quien quiera formarse en el arte tan difícil de enseñar bien el Catecismo. Al leer su obra se nota que V. habla por experiencia y que conoce todos los secretos de esta clase de enseñanza.

En la primera parte, que tiene por título Ejemplos y consejos, ha sabido reunir en pocas páginas todas las razones que pueden inspirar alta estima de este ministerio, y las expone V. con un encanto lleno de piedad y sencillez, demuestra su importancia, enseña su práctica, y los ejemplos vienen á confirmar sus consejos con mucha eficacia. Entre otros hay un capítulo que me parece digno de fijar la atención: es el que V. llama "Un haz de buenos consejos." En él habla V. como maestro y parece haber agotado todas las piadosas industrias, todos los inocentes artificios de que puede echar mano todo celoso é inteligente catequista para interesar á su auditorio infantil, fijar su atención sin cansarla nunca, poner á su

alcance la sana doctrina y pasar con mucho tino y delicada insinuación al terreno de la moral destinada á formar el corazón al dar las explicaciones que tienen por objeto alumbrar el entendimiento.

La idea de poner, por decirlo así, el Catecismo en acción, en la segunda parte, y hacernos presentir algunas de esas explicaciones, me parece de la mayor importancia.

Dirigidas según el método propuesto al principio, esas lecciones nos presentan un cuadro lleno de interés y animación y no parecen menos atractivas que útiles. Los niños tienen que amarlas, tomarles gusto, acudir con avidez; han de recibir y llevar de esas reuniones las impresiones más saludables. No dudo en afirmar que el bueno, el perfecto catequista será, á mi modo de ver, el que sepa practicar lo que aquí se le propone.

Deseo, Señor, que su opúsculo se difunda lo mismo entre las familias que entre el clero, y le bendigo de antemano por el bien que ha de producir.

Reciba V., Señor, con mis felicitaciones, el nuevo testimonio de mi paternal y afectuoso cariño en Nuestro Señor Jesucristo.

El Cardenal Desprez

Arzobispo de Tolosa y de Narbona.



AL PIADOSO LECTOR.

Cuanto se puede decir acerca de la obra tan importante como difícil de los catecismos, está dicho ya por otros. La materia ha sido agotada por maestros como San Agustín, San Carlos Borromeo, Gerson y últimamente por los Señores Obispos Devie, Dupanloup y el Sr. Hamon.

Es imposible recorrer las obras de hombres tan eminentes en santidad, ciencia y experiencia sin concebir al punto grande estima y verdadero interés por esta obra de celo; sólo siguiendo sus lecciones puede uno llegar á ser perfecto catequista. Refundidos en uno solo, sus escritos nos darían un libro de más de 3,000 páginas, y no se podría leer sin contar con mucho tiempo, que á veces falta á la mayor parte de los hombres.

Formar un librito que encierre toda la sustancia de esas obras maestras, nos ha parecido que podría ser de alguna utilidad; y esto es lo que hemos intentado con este modesto opúsculo. Lo dividimos en dos partes. La primera contiene algunas consideraciones á propósito para hacer estimar la obra del Catecismo, y reglas generales que guíen al catequista en el desempeño de tan

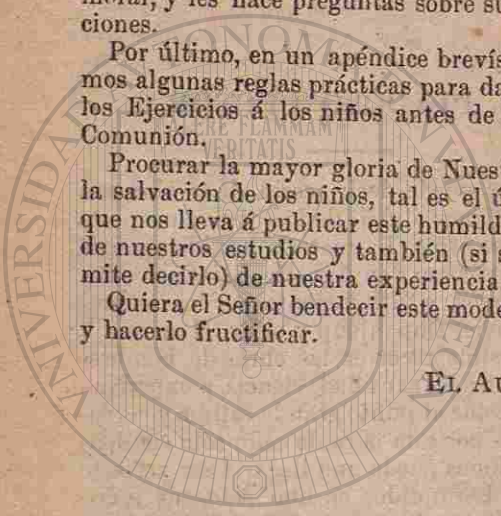
alto ministerio. En la segunda nos esforzamos en reducir esas reglas á la práctica: suponemos á los niños reunidos para oír la explicación y al catequista que les explica sucesivamente dos lecciones sacadas la una del dogma y la otra de la moral, y les hace preguntas sobre sus explicaciones.

Por último, en un apéndice brevísimo, ponemos algunas reglas prácticas para dar con fruto los Ejercicios á los niños antes de la primera Comunión.

Procurar la mayor gloria de Nuestro Señor y la salvación de los niños, tal es el único móvil que nos lleva á publicar este humilde resultado de nuestros estudios y también (si se nos permite decirlo) de nuestra experiencia.

Quiera el Señor bendecir este modesto trabajo y hacerlo fructificar.

EL AUTOR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



PRIMERA PARTE.

EJEMPLOS Y CONSEJOS.

§ I.—El catequista más perfecto.

¿A quién podremos dar este título? El hacer tal pregunta es dar al mismo tiempo la respuesta. El más perfecto de los catequistas y el modelo de todos ellos es Jesús. El gran secreto para acertar en el arte de enseñar con fruto el Catecismo, es el amor de las almas de los pequeños, y Jesús lo poseyó en el más alto grado. "Cristo ama á la niñez," decía el gran S. Leon, *Christus amat infantiam*.

La beata Ozana de Córdoba, entonces de seis años, vió un día cerca de sí á un niño más resplandeciente que el sol; su hermosura fascinaba, sus ojos estaban llenos de incomparable dulzura, en sus labios se deslizaba la más graciosa y amable sonrisa; una corona de muy agudas espinas ceñía su dorada cabellera, y en el hombro llevaba una cruz mucho mayor que él. Fijando los ojos sobre su esclavita, le dirige estas cariñosas palabras: "Hija mía, alma muy amada, soy Jesús, el Hijo de la Virgen María y tu Criador. Siempre he amado á los pequeños. Los tengo y quiero que estén cerca de mí, porque no tienen



alto ministerio. En la segunda nos esforzamos en reducir esas reglas á la práctica: suponemos á los niños reunidos para oír la explicación y al catequista que les explica sucesivamente dos lecciones sacadas la una del dogma y la otra de la moral, y les hace preguntas sobre sus explicaciones.

Por último, en un apéndice brevísimo, ponemos algunas reglas prácticas para dar con fruto los Ejercicios á los niños antes de la primera Comunión.

Procurar la mayor gloria de Nuestro Señor y la salvación de los niños, tal es el único móvil que nos lleva á publicar este humilde resultado de nuestros estudios y también (si se nos permite decirlo) de nuestra experiencia.

Quiera el Señor bendecir este modesto trabajo y hacerlo fructificar.


EL AUTOR.

PRIMERA PARTE.

EJEMPLOS Y CONSEJOS.

§ I.—El catequista más perfecto.

¿A quién podremos dar este título? El hacer tal pregunta es dar al mismo tiempo la respuesta. El más perfecto de los catequistas y el modelo de todos ellos es Jesús. El gran secreto para acertar en el arte de enseñar con fruto el Catecismo, es el amor de las almas de los pequeñuelos, y Jesús lo poseyó en el más alto grado. "Cristo ama á la niñez," decía el gran S. Leon, *Christus amat infantiam*.

La beata Ozana de Córdoba, entonces de seis años, vió un día cerca de sí á un niño más resplandeciente que el sol; su hermosura fascinaba, sus ojos estaban llenos de incomparable dulzura, en sus labios se deslizaba la más graciosa y amable sonrisa; una corona de muy agudas espinas ceñía su dorada cabellera, y en el hombro llevaba una cruz mucho mayor que él. Fijando los ojos sobre su esclavita, le dirige estas cariñosas palabras: "Hija mía, alma muy amada, soy Jesús, el Hijo de la Virgen María y tu Criador. Siempre he amado á los pequeñuelos. Los tengo y quiero que estén cerca de mí, porque no tienen" 

malicia y son puros. Tan pronto como los niños empiezan á llamarme "Buen Jesús," les contesto al punto, y estoy cerca de ellos para socorrerlos."

¡El buen Jesús! Tal es en efecto el Jesús que nos describen los Evangelistas en sus relaciones con los párvulos; su condición no ha cambiado en el cielo. Decía: "Dejad que los niños vengan á mí," estos se le acercaban, y sus madres se los llevaban cuando no podían andar todavía: *Afferbant ad illum parvulos et infantes.*

Entonces el Salvador los acogía, los miraba con amor, les prodigaba caricias, tocaba con sus divinos labios aquellas purísimas frentes, ponía sus manos sobre esas inocentes cabecitas y rogaba por ellos. Salió en su defensa en contra de los Apóstoles cuando querían alejarlos: *Sinite parvulos venire ad me*, y sobre todo en contra de aquellos desventurados que los escandalizan arrebatándoles el tesoro de su inocencia. "¡Ay de aquel que se hace reo de tan enorme crimen! Más le valiera que le ataran una rueda de molino y le precipitaran en los abismos del mar!"

Atraídos por tanta bondad, rodeábanle los niños, seguíanle hasta el desierto ávidos de oír su doctrina, hasta el punto de olvidar su alimento, como lo atestigua aquel niño que tres días después de seguir al Divino Salvador tenía aún casi intactas sus modestas provisiones.

No contentos con seguir y oír á nuestro adorable Salvador, prendados de su amor, ofreciéndose ocasión le retornaban también amor por amor. Cierta día, viniendo al Templo, el Señor lleno de santa indignación, armado de un látigo echa á los vendedores que lo profanaban. Allí también había niños que, lejos de espantarse,

como se espantó toda la ciudad de Jerusalén con semejante castigo, al oír los clamores de los Fariseos contra el Salvador, prorrumpen en alabanzas de aquel que tanto los amaba: "Hosana al Hijo de David!"— "¿No oyes lo que dicen? preguntaban los fariseos.—Sí que los oigo, contesta Jesús; dejadles. ¿No está escrito que Dios quiere recibir la más pura alabanza de boca de los niños?" ¡Qué escena tan conmovedora! Los niños saben amar á quien los ama.

Nunca llegaremos á amarlos como Jesús su Criador y Salvador los amó; pero hemos de imitar lo más posible á ese divino modelo, si queremos desempeñar con fruto este ministerio de la instrucción de la niñez

"A nosotros toca amar á la niñez como Jesús la amaba, exclama el P. Félix; en esto consiste el secreto de educar y formar á los jóvenes haciéndolos buenos y felices. "*Este es el secreto del mismo Dios!*"

§ II.—Los grandes imitadores del gran Modelo.

Muchísimos é ilustres son los que han imitado en esto los ejemplos del Divino Maestro y seguido sus huellas. El ilustre Dr. San Agustín, en los primeros años de su Episcopado, compo-
nía su hermoso libro de *Catechizandis rudibus*. El gran Canciller de la Universidad de París, Gerson, en sus últimos años sentía un inexplicable gozo al enseñar el Catecismo á los niños. "Es rebajarse demasiado, decían los incrédulos;

ese celo excesivo para obra tan insignificante, demuestra que las facultades del gran Canciller se oscurecen." Gerson responde á sus sarcasmos componiendo su hermoso tratado *De parvulis ad Christum trahendis*. "¡Oh buen Jesús! exclamaba el venerable anciano; cuando os veo alzar los brazos y estrechar con tanta ternura sobre vuestro pecho esos pequñuelos, me siento conmovido en lo más profundo del alma. Sí, yo también quiero amar á los que tanto amáis, quiero imitar vuestra bondad, y á vuestro ejemplo tener para ellos entrañas de cariñoso padre."

El Cardenal Belarmino se complacía también en enseñar á los niños en su Catedral. Distribuía por sí mismo los premios á los que le habían contestado satisfactoriamente.

En Portugal, el ilustre Arzobispo de Braga, Don Bartolomé de los Mártires, renunció á su dignidad episcopal para consagrarse únicamente hasta la muerte á la enseñanza del Catecismo á los niños.

San Ignacio se obligó con voto á hacer el Catecismo; y cuando se le objetaba que era trabajo perdido, porque los niños no acudirían: "basta, contestaba, que venga uno solo para darme por bien pagado de mis afanes."

San Francisco Javier recorría las calles de Goa suplicando á todos le envasen á sus niños al Catecismo. Así empezó la transformación de la ciudad entera.

Y San Francisco de Sales, ese dulce imitador de Jesús, ¡qué admirable catequista! Seguidle en medio de las calles convocando á los niños al son de la campanilla y gritando: —"Venid á la Doctrina Cristiana, allí se os enseñará el camino

del cielo." Cuando los niños están reunidos, los instruye con interés y les reparte premios. "He tenido la dicha, escribe su biógrafo el P. Rivière, de asistir á estas benditas explicaciones del Catecismo, y nunca he presenciado espectáculo semejante. Este amable y verdadero padre estaba sentado como en un trono elevado sobre algunas gradas; todo el ejército infantil le rodeaba; y era un contento sin igual oír cuán familiarmente exponía los rudimentos de nuestra fe, saliendo á cada paso las más ricas comparaciones de su boca; miraba á su pequeño auditorio, y éste le miraba á él; se hacía niño con ellos para formar en ellos al hombre interior y perfecto según Jesucristo."

Este es verdaderamente el ideal del perfecto catequista. Bueno fuera tener ante los ojos ese cuadro tan encantador siempre que se trata con los niños. Muchos otros nombres podríamos citar todavía. Todos los grandes obreros Apostólicos del siglo XVIII, el Cardenal de Berule, el Sr. Olier, el Sr. Bourdoise y muchos otros manifestaron en esta obra del Catecismo un celo no menos generoso ni menos acertado; mas basten esos pocos ejemplos para convencernos de la grandeza de este ministerio y para hacérslo amar entrañablemente.

§ III.—El buen catequista en nuestros días.

No lo vayáis á buscar muy lejos. Ese buen catequista, es cada uno de vosotros, amados lectores, si os sentís movidos por los ejemplos del Divino Maestro y de sus insignes siervos. En efecto, ¿cómo podría uno dejar de sentir algo de ese ardiente celo á vista de modelos tan hermosos; de ese celo, digo, que fué el secreto del fruto tan abundante que obtuvieron con los niños?

La obra de los catecismos es difícil, penosa y oscura; para arrostrar las dificultades hay que sentir como aquellos santos varones un ardiente deseo de hacer que esos niños conozcan y amen á Dios, de salvar sus almas á costa de cualquier sacrificio. Ese deseo tan ardiente tiene su nombre, es el celo. Si Dios se digna encenderlo en vuestro corazón, seréis buenos catequistas mas el celo para ser fructuoso ha de tener ciertas cualidades. Ha de ser: 1.º, ilustrado; 2.º, sobrenatural; 3.º, perseverante.

1.º EL CELO HA DE SER ILUSTRADO.—Este punto es de suma importancia. No basta que toméis muy á pechos procurar el bien de los niños; es preciso que tengáis además una idea clara y verdadera de la empresa que vais á acometer.

¿Veis á ese niño que por vez primera viene á sentarse en los bancos de vuestro catecismo? Su semblante respira quizá todavía la inocencia;

pero trae también consigo su ignorancia y sus defectos; mucho espera de vuestro celo.

Trae en sus manos un admirable librito, el Catecismo. Hasta quiero suponer que lo recitará por entero sin equivocarse. Esto no basta. Debéis esforzaros en hacerle entender lo que acaba de recitaros.

Hay en ese libro, por una parte tan claro, algunas expresiones que no alcanza á entender el niño y que no se asemejan en nada á las expresiones y giros de que se sirven los niños en su lenguaje. Hay que explicárselas.

Además, y esto es lo principal, tenéis la misión de dar educación religiosa á esa alma y no solo de enseñarle los elementos de la Doctrina Cristiana. La educación es el fin que habéis de alcanzar, y la instrucción no es más que un medio para este fin.

Al mismo tiempo que vais aclarando en la inteligencia de este niño la noción de sus deberes, hay que hacérselos amar, y hacerle gustar la dicha de practicarlos. Hay que formar su voluntad, su carácter, corregir sus defectos, alumbrar y rectificar su conciencia y ennoblecer sus sentimientos. En una palabra, hay que elevar esta alma con todas sus facultades hasta Dios.

No sois maestros, sino padres y pastores. Por tanto, habéis de aprovechar todas las ocasiones de hablar al corazón de los niños al mismo tiempo que á su inteligencia. Al explicar el Catecismo, podéis allí mismo hacer que practiquen las virtudes que les estáis enseñando: la piedad, la humildad, la caridad y muchas otras.

Me diréis acaso que todo eso hará muy pesada la carga que ha de llevar el catequista y que es

preciso dejar algo á los padres y maestros. Tenéis razón: los padres y maestros han de tomar su parte en la educación; pero, si bien se mira, fuera de algunos casos esta educación no se alcanza más que con el Catecismo. En otros tiempos el niño respiraba en el seno de la familia una atmósfera cristiana y las virtudes le eran casi naturales; además, los maestros eran muchas veces excelentes y fervorosos cristianos. En los catecismos el sacerdote no venía más que á dar como si dijéramos el último toque á las lecciones de la familia y de la escuela. Mas ahora las familias y las escuelas cristianas se hacen raras y casi podríamos repetir con el ilustre Obispo de Orleans, que si la educación no se recibe por medio del Catecismo, todo está perdido.

2. ° EL CELO HA DE SER SOBRENATURAL.—Siendo la obra sobrenatural, ha de ser también sobrenatural vuestro celo. Amad en primer lugar lo que hay de divino en los niños, esto es, amad á Jesucristo que habita en estas candidas almas; y vean los niños que los amáis de veras.

El Sr. Dupanloup, á quien no puedo cansarme de citar en esta materia, escribe una sentencia muy digna de ponderarse: “La instrucción no tiene encanto ninguno si el que la da no ama á los que la reciben. Sed padres; más aún: sed madres.”

Si amáis á aquellas almas inocentes, prepararéis la doctrina que les vais á comunicar. Es preciso ir con paso seguro y tener ideas claras sobre los puntos esenciales del dogma y de la moral, especialmente sobre la lección que vais á explicar.

Si amáis á estas almas, vuestro celo alentado por la fe os sugerirá mil industrias para dar pábulo á la curiosidad y sensibilidad de los niños y fijar su voluble imaginación. Encontraréis á fuerza de trabajo, y llevaréis un acopio de ejemplos de hechos históricos, de aplicaciones morales que no se os ofrecerían si no los hubierais preparado de antemano.

Oid en este particular á un experimentado catequista: “Cuando los niños no escuchan ó se distraen durante mi explicación, procuro llamar su atención pero sin reprimirles sino muy raras veces; antes bien me reprendo á mí mismo con mucha severidad. Cuando estoy preparado, logro fácilmente que todos me atiendan, y cuando no lo estoy todo languidece: entonces hiriéndome el pecho repito: *mea culpa, mea maxima culpa.*”

Si amáis á esas almas, oraréis además por vuestros niños, recordando lo del salmo: “En vano se consumirán en afanes y trabajos inútiles los que pretenden construir, si el Señor no levanta el edificio.” Encomendad esas almas á la Santísima Virgen, á sus santos patronos, á sus ángeles custodios. ¿Qué podríamos sin la oración para el bien espiritual? Nada. El Señor lo ha dicho.

Además, no olvidemos que Dios se complace en oír las oraciones de sus amigos. Sed buenos para alcanzar las bendiciones del cielo, sedlo también para que podáis enseñar con toda verdad la práctica de las virtudes.

Si sois buenos y fervorosos conseguiréis mucho de los niños. Los que estén dotados de buen natural podrán llegar á hacer prodigios de fer-

vor, y en los que ya estuvieren maleados veréis extrañas mudanzas.

3. ° EL CELO HA DE SER CONSTANTE. La educación cristiana de la niñez es larga y penosa. Encontraréis sin duda en ella fastidio, repugnancias y aun contradicciones. Fácilmente se cansa uno de repetir siempre lo mismo. Todos los niños tienen sus defectos: unos pecan por ligereza, otros por indocilidad, otros por grosería. Algunos quizás tienen malos padres que los han dejado sumidos en la ignorancia, en la irreligión ó en el vicio.

No os desalentéis. Cual buena madre sobrelevad las molestias y sed siempre misericordiosos y pacientes; Dios no os faltará. Dad también, si es preciso, lecciones privadas á algunos, pero *en particular*, y con el consentimiento de sus padres. Tratadles como quisiérais que se os tratara si estuviérais en su lugar. Y si algún niño resiste á todos los esfuerzos de vuestro celo, confiad que esta semilla que parece estéril llegará un día á producir hermosos frutos.

Las más de las veces, un consejo dado con bondad os ganará el corazón de un niño de difícil condición y le determinará á obrar mejor.

En cierto lugar trajeron al catequista una niña incorregible que acababa de cometer una grave falta. Tenía el rostro pálido y descompuesto, sus cabellos en desorden. El catequista entendió que esta no era ocasión propicia para reprender; le dirige algunas palabras severas pero sazonadas con muchas otras llenas de compasión, añadiendo que una mala niña podía con una firme resolución hacerse excelente, como se

ha visto muchas veces. Por fin hizo arrodillar á todos sus niños para que rezaran por la desventurada compañera.

El corazón de la jovencita rebelde quedó cogido con tan hermoso ardid; en poco tiempo fué la mejor de todas sus compañeras y más tarde tuvo la dicha de entrar en religión.

Este ejemplo me recuerda aquella hermosa sentencia de San Luis, rey de Francia. Permittedme repetirla aquí para que os aproveche en vuestras relaciones con los niños. Decía pues aquel Santo Rey: "Hay que persuadirse de que todos los hombres son buenos, ó porque lo son ó porque llegan á serlo."

Mostrando amor y estima á los niños, les obligaréis á mostrarse también estimables y dignos de amor.

§ IV.—Recompensa del buen catequista.

Si os entregáis con toda el alma y corazón á la obra del Catecismo y no tenéis otro blanco que la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, Dios mirará por vosotros. La obra es penosa y trabajosa, mas el Divino Maestro á quien servís no se dejará vencer en generosidad. ¿Sabéis lo que dijo Santa Genoveva cuando se apareció á San Guillermo de París en cierta ocasión que se creía ya á las puertas de la muerte? "No temas; servimos á buen amo." ¡Oh! si tan buen amo no deja sin premio un vaso de agua dado en su nombre, ¿qué no dará al catequista que se entrega á la salvación de aquellos niños tan queridos de su amante Corazón?

Pero aun aquí abajo, los niños mismos serán vuestro galardón. Veréis cómo la luz de la verdad penetra y despeja sus entendimientos al par que la virtud germina en su corazón; tendréis la alta satisfacción de preparar hermosos tabernáculos para el Divino Salvador y de engendrar escogidos para el cielo. Educaréis, no digo ya hijos de reyes para un trono, sino hijos de Dios para el reino de la eternidad.

Esos niños transformados por el Catecismo harán comprender á sus padres la benéfica influencia de la Religión, se la harán estimar y con la estima despertarán en sus almas saludables remordimientos. Nada vale tanto como la humilde y suave persuasión del buen ejemplo, sobre todo cuando viene de los débiles y pequeñuelos; el ejemplo nos impide porque es un argumento que no puede lastimar nuestra susceptibilidad; al contrario, reviste cierto carácter que seduce y arrastra.

En fin, hay otro premio que no podemos pasar por alto, y es que el catequista se granjea méritos proporcionados á sus trabajos. Este ministerio le mejora sin que se dé cuenta de ello. En el desempeño de funciones tan humildes, no puede tener parte la vanidad; con el ejercicio de ministerio tan modesto y tan caritativo expiamos muchas faltas. "*El que desviare al pecador de su mala senda, cubrirá la multitud de sus propios pecados.*" (Santiago V. 20).

Gerson, aquel gran amigo de los niños, estaba para morir. Los niños reunidos al pie del altar donde tantas veces les había instruido el siervo de Dios, repetían sin cesar aquella tierna oración que les había enseñado muchas veces su

maestro: "Oh Dios, Criador nuestro, tened piedad de vuestro pobre siervo Juan Gerson." Cuando lleguéis á aquel trance, si los niños callan, las piedras de la capilla del Catecismo darán voces, las darán también elocuentísimas los ángeles custodios de esos queridos niños; los ángeles que ven siempre la faz del Señor intercederán en vuestro favor, haciendoos la muerte más tranquila y apacible.

Léese en el Breviario, el 27 de Agosto, la deliciosa historia de San José de Calazans. La mayor parte de su vida la consagró al servicio de la juventud. Superior de la Orden que fundó para instruir á los niños, agobiado de trabajos y enfermedades, no dejaba pasar un día sin reunir á los niños pobres para enseñarles el Catecismo. A la noche, los llevaba á sus casas y volvía para barrer el mismo la sala donde los había reunido.

Tanto amor hacia los pequeñuelos le atrajo las bendiciones del Corazón del Divino Maestro. Más de una vez, mientras rezaba en compañía de sus queridos niños fervorosas oraciones, se vió bajar á la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos, quien extendiendo la mano bendecía con mucha gracia al catequista y á su auditorio infantil.

Cien años después de la muerte del santo, encontráronse intactos y respetados de la muerte su lengua que tantas veces había instruido á los niños y su corazón que tanto los había amado.

Sí, Nuestro Señor ama de veras á los niños y á todos aquellos que procuran su bien. Jesús nos lo ha dicho, y su palabra se realiza: "Quien quiera que haya dado un solo vaso de agua

á alguno de estos pequeñuelos, en verdad os digo que recibirá su recompensa." Pero aquí no se trata de un vaso de agua para apagar la sed del cuerpo, sino de almas sedientas de verdad y para quienes se labra la eterna felicidad. Ante esas almas mucho más preciosas en el acatamiento divino que todo el universo, dejemos nuestro corazón entregarse á las impresiones é inspiraciones de la divina caridad y penetrarse de aquellos nobles sentimientos de celo en que rebosaba el corazón de los santos.

Oigamos sus acentos, oigamos á los mismos santos: "No me creería amigo de Dios, decía San Francisco de Sales si no me ocupara en la salvación de las almas." Y ya hemos visto cuánto le inspiraba en celo para procurar la salvación de las almas de los niños.

San Dionisio acostumbraba exclamar levantando los ojos al cielo: "Señor, dadme almas"... "Nada hay más divino que concurrir con Dios á la salvación de las almas."

"Al acercarnos á Dios, decía San Gregorio, no nos acerquemos solos. Los milagros obrados por el celo, añadía este gran doctor, aventajan á la resurrección de los muertos."

Y si hemos de creer al insigne Dr. San Juan Crisóstomo, aventajan estos milagros á la creación del mundo. "¡Oh hombre! dice este santo haciendo hablar al mismo Dios; hice, es verdad, el cielo y la tierra, pero te doy un poder igual para que hagas de la tierra un cielo. Encendí en el firmamento la gran lumbrera de los astros, pero en tu mano está derramar esplendores aun más refulgentes, alumbrando con la verdad las almas perdidas en la obscuridad del

error. Mira si te amo, pues te concedo el poder de ejecutar prodigios mayores que los míos."

¿Qué podríamos añadir á semejantes palabras mejor que esta oración? "Señor, dadnos almas, almas de niños sobre todo, porque no hay nada más divino que cooperar con Vos á la salvación de los que amáis sobre todo lo demás. Señor, bendecid nuestros esfuerzos en la salvación de los niños."

§ IV.—Un haz de buenos consejos.

Para mayor claridad dividiremos este párrafo en otros tres con los siguientes títulos: 1.º Una lección de Catecismo. 2.º Trabajo del Catecismo. 3.º Atractivos del Catecismo.

§ I.—Una lección de Catecismo.

1.º El buen catequista ya ha rezado y preparado con cuidado lo que ha de decir; sus explicaciones están dispuestas, ha previsto las comparaciones de que puede echar mano, las historias que ha de referir, las prácticas que ha de aconsejar. ¿Qué le queda, pues, sino irse á la iglesia antes que lleguen los niños? Este es el mejor modo de evitar mucho desorden. A veces puede ocultarse algo y observar el modo como entran los niños y tomar ocasión de esto para recordarles que siempre estamos á la vista de nuestro Soberano Criador y Señor.

2.º Para enseñar á los niños el respeto debido al Santísimo Sacramento, sería bueno que

una vez entrados los detuviere y los hiciese arrodillarse ante el sagrario para rezar juntos el acto de adoración antes de la Comunión ó el *Señor mío Jesucristo*. Así se acostumbrarán á hacerlo por toda la vida.

3.º La nave de la iglesia, á no ser que ésta sea muy chica, no conviene para el Catecismo; allí hay dificultad para hacerse oír y el catequista se cansaría pronto, perdería el tono natural y por tanto sus explicaciones carecerían de sencillez. Agruégnese á esto que la tensión de la voz trae consigo la de las ideas. Además, los niños se verían demasiado expuestos á distraerse por los que entran y salen de la Iglesia.

4.º En cuanto sea posible, téngase á la vista de los niños algún altar ó algún cuadro propio para fijar su natural ligereza y mantenerlos en recogimiento.

5.º El buen orden del Catecismo depende en gran parte de la colocación de los niños. Es menester; 1.º, separar los que saben leer de los que no saben, y los que tienen edad para la primera comunión de los que no la tienen; 2.º, tener muy á la vista á los más juguetones, juntándolos con otros más reposados; 3.º si no hay más que un catecismo para ambos sexos, colocaránse los niños por delante y las niñas por detrás, ó también los muchachos de un lado y las niñas del otro, separándolos por un pasillo bastante ancho. Si es posible se les hará salir por puertas distintas, ó al menos se despedirán primero las niñas cuidando de que no se paren en la puerta. Se les aconsejará además que se retiren acompañadas de las que viven más cerca de su casa.

6.º El catequista hablará siempre á las niñas con mucha circunspección y respeto para inspirar á los jóvenes las mismas disposiciones. En un Catecismo compuesto exclusivamente de niñas, puede permitirse cierta afabilidad en el tono y en el lenguaje cuando están todas juntas; pero por el contrario, habrá de mostrarse muy reservado cuando les habla en particular. Con los niños guardará una conducta completamente inversa, tratándolos con más reserva cuando están reunidos que cuando están solos.

7.º Siendo punto capital el asistir con asiduidad al catecismo, podría también establecerse un banco de ignominia para los que no asisten sino raras veces.

Tened á los padres al tanto de lo que pasa é interesadles para que cuiden de la aplicación y constancia de sus hijos.

8.º El primer puesto de cada banco podría considerarse como lugar de preferencia y reservado á los más atentos y á los más instruídos. No debe permitirse á los niños que tomen otro asiento que el que se les señale.

9.º ¿El catequista ha de sentarse, pasearse ó estar de pie? Este punto no es tan indiferente como parece, porque si se pasea, los niños se distraen cuando les da la espalda; si se queda de pie se cansa pronto; lo mejor, por consiguiente, es sentarse de modo que pueda ver á todo su auditorio, porque así sus fuerzas y su acción se verán duplicadas. Ya vimos que esta era la postura que guardaba San Francisco de Sales.

10. Cuidad además que los niños se levanten

y se arrodillen al mismo tiempo. Dirigidles siempre alguna palabrita para exhortarles á que han gan bien la oración con que empezáis ó acabáis el catecismo. Los acostumbraréis así insensiblemente al respeto que debemos á Dios; les enseñaréis á rezar con las manos juntas y el corazón levantado al cielo. Tened algún instrumento para dar la señal que sea siempre oída de todos; esto ahorra al catequista cansancio inútil.

§ II.—Trabajo del Catecismo.

1. ° Una vez rezada la oración y si es posible después de haber cantado algún cántico, podréis seguir en el Catecismo el siguiente orden: 1. ° Preguntar el Catecismo. 2. ° Preguntar algo de las explicaciones dadas la última vez, pero esto brevemente. 3. ° Explicar la nueva lección.

2. ° RESPUESTAS DEL CATECISMO.—Muy provechoso es preguntar á todos los niños haciéndoles á cada uno una ó dos preguntas. Empezad ya por un banco ya por otro, de modo que los niños no puedan prever las preguntas que les han de tocar. Y si empezáis siempre por el primer banco, lo que os permitirá apuntar más fácilmente vuestras notas, haced empezad al primero por la mitad ó por el fin de la lección.

3. ° PREGUNTAS.—Analizad las explicaciones que les habéis dado, resumidlas en una serie de preguntas sencillas, claras, encadenadas unas con otras, y proponedlas sucesivamente á varios niños como para desafiarlos á quién contesta me-

jor. Si el primero á quien os dirigís se calla, dadle uno ó varios émulos y apuntad un punto al que haya sabido mejor. No creáis fácilmente que todos están atentos ó que todos han entendido. Proponed la misma cosa bajo varias formas; y cuando la contestación fuese buena, hacedla repetir por otros cuatro, seis ó diez niños. Este modo de fijar las ideas no cansa.

Cuando los niños no estuvieren de acuerdo, no os apresuraréis á darles la contestación; más vale tenerles un rato suspensos, pues así la oyen después con mayor interés y se les graba más hondamente.

Haced hablar mucho á los niños y hablad poco. Este punto es de suma importancia, como os lo enseñará la experiencia. Preguntad primero á los más inteligentes, luego á los menos capaces, haced que otros respondan á las dificultades que algunos os proponen. Tened á todo vuestro auditorio en ejercicio. Si habláis mucho, os mirarán, os oirán, pero no os escucharán. Os cansaríais en vano y sin ningún fruto.

Podríais tener una hermosa lista pegada en cartón con los nombres de todos los niños escritos con gruesos caracteres. De este modo preguntáis con rapidez á unos y á otros y todos os estarán atentos.

4. ° LAS EXPLICACIONES.—Ya que los niños saben de memoria el Catecismo, vuestras explicaciones han de versar sobre el texto. Si las preguntas que vais á explicar son fáciles, conviene indagar qué idea se han formado de ella los niños para conocer su inteligencia y las ideas que reciben, ya en la escuela, ya también en el seno

de la familia. Cuando toman así la iniciativa, es más fácil rectificar su contestación si no es del todo exacta; conservan mejor la explicación que se les hace, porque su amor propio está interesado.

Por el contrario, cuando las preguntas son difíciles, empezad por darles una explicación breve y clara. Luego haced estas mismas preguntas á varios niños para ver si han entendido; si titubean algo, indicadles la respuesta, dándosela á medias y añadiendo para alentarles: "Vamos, no está tan mal." Aquí también es preciso que el catequista hable poco y haga hablar mucho; perdonémos que instemos tanto en este punto tan capital.

5.º Para que vuestras explicaciones surtan efecto, conviene que estén llenas de doctrina. Oigamos á este propósito al venerable cura de Ars: "Creo que una persona sin instrucción, no llegará á salvarse, porque ignorará lo que ha de hacer para alcanzar su fin. Pero con una persona instruida queda siempre alguna esperanza; por más que se desvíe en toda clase de vicios, hay que esperar que algún día, más tarde ó más temprano ó siquiera á la hora de la muerte, volverá al redil del Buen Pastor."

6.º Hay que instruir pues á los niños; pero su tierna edad exige que les deis la doctrina de un modo especial. Alcanzaréis el fin que os proponéis, si vuestras explicaciones tienen estas tres cualidades: 1.º, brevedad; 2.º, claridad; 3.º, solidez. Digamos algo acerca de cada una.

PRIMERA CUALIDAD: BREVEDAD.—La inteligencia de los niños es como un precioso depósi-

to, pero muy reducido; la entrada es estrecha y no se puede derramar el licor más que gota á gota y despacio. Preparad bien lo que habéis de decir, lo que habéis de omitir; dadles solo lo más esencial y dejad lo superfluo. Si vuestra instrucción está recargada de cosas secundarias, los niños se confunden y se quedan sin nada.

SEGUNDA CUALIDAD: CLARIDAD.—No basta que el niño entienda; se requiere además que no pueda menos de entender. Esforzáos, pues, para llegar á la mayor claridad posible. Tened en primer lugar idea clara de lo que queréis decir; expresadla luego con expresiones sencillas; desechad las figuras, como por ejemplo: *la luz de la fe, la embriaguez de los perfumes, el príncipe de los apósoles*; hablando así no os entenderían.

TERCERA CUALIDAD: SOLIDEZ.—El Catecismo es la palabra de Dios. No digáis nada que no se pueda sostener ante hombres sabios y sensatos. Dad definiciones exactas, emplead raciocinios convincentes, pero cortos, inculcad la verdad con razones fuertes, capaces de convencer por su simple exposición. A veces algunos gustan exagerar con los niños, pero esto no hace más que perturbar y falsear su conciencia.

Para asegurar esta solidez, convendrá que el catequista, si no ha estudiado teología, tenga á su alcance algún Catecismo explicado.

Los hay muy buenos y excelentes, pero es imposible citarlos todos aquí (1).

1. Para no citar los del autor que no podrían servir á los que no entienden el francés, me contentaré con recomendar el *Catecismo explicado por Deharbe*.—4 tomos.

7.º Acabemos este párrafo con este último consejo que quisiéramos ver escrito con caracteres de oro: *Dad á los niños una educación que podríamos llamar eucarística.* Todo catequista habría de hacer á Dios una promesa semejante á la que (en sus predicaciones) hizo el P. Herman, de santa memoria, esto es, la de no hacer nunca el Catecismo sin hablar de la Sagrada Eucaristía.

La Eucaristía es el centro de toda la religión; para nosotros la Eucaristía es todo. El Dios del cielo es el Dios de los bienaventurados; pero el Dios de la Eucaristía es el nuestro, el Dios de los viandantes, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro consejero, nuestro consuelo, nuestra fuerza. La Eucaristía es como el fin para que hemos sido bautizados; hacia ese alimento divino se dirigen todas las energías de esta divina vida engendrada en nosotros por el bautismo. Esta vida divina no puede durar ni perfeccionarse sin que vayamos á restaurar sus fuerzas en el adorable Sacramento.

Si Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado fuese conocido, sería amado y no veríamos á la mayor parte de los hombres tan alejados de él que ni aun en la Pascua se acercan á recibirlo ó lo hacen como forzados. Hablad, hablad muchas veces á los niños del Huésped del Tabernáculo; hacia El haced converger todo lo que les enseñáis, especialmente al tratar de los misterios de la Encarnación y de la Redención. Afianzad su fe en este punto, despertad en su corazón afectos ardientes de amor por este grande y santo amigo que vive tan cerca de ellos. No temáis interrumpir de vez en cuando vuestras explicaciones diciéndoles: "Ya hace media hora que estamos

tan cerca del buen Jesús, repitámosle el acto de amor.... un acto de deseo de la santa Comunión para que venga á visitarnos por la comunión espiritual." Enseñadles á hacer piadosamente las visitas al Santísimo; en una palabra, enseñadles á amar al que debéis amar también tan entrañablemente. En tiempo más ó menos lejano vuestros discípulos tendrán la dicha de hacer su primera comunión; recordadles muchas veces ese gran acontecimiento de su vida. Dadles una noción precisa de lo que es comulgar; enseñadles, con el Concilio de Trento, que la Eucaristía es el pan de vida, el *medio principal* de alimentar y sustentar la vida sobrenatural y el remedio de nuestra debilidad. Combatid las fatales doctrinas del jansenismo que matan las almas. No vayáis á proponerles como el ideal la comunión pascual que es el *non plus ultra* de condescendencia de la Iglesia, antes bien la comunión diaria á la que cada uno habría de aspirar en cuanto le fuere posible.

§ III.—Atractivos del Catecismo.

1.º Suponiendo que vuestra explicación tenga las cualidades arriba mencionadas, habéis de ir aun más adelante. Porque con todas estas preciosas cualidades de que no podéis prescindir, á la larga cansaríais á los niños si no procuráseis además tomar todas las medidas posibles para agradar y conmover sus corazones. Para esto habréis de mezclar en medio de vuestra explicación algunas comparaciones, parábolas, ejem-

7.º Acabemos este párrafo con este último consejo que quisiéramos ver escrito con caracteres de oro: *Dad á los niños una educación que podríamos llamar eucarística.* Todo catequista habría de hacer á Dios una promesa semejante á la que (en sus predicaciones) hizo el P. Herman, de santa memoria, esto es, la de no hacer nunca el Catecismo sin hablar de la Sagrada Eucaristía.

La Eucaristía es el centro de toda la religión; para nosotros la Eucaristía es todo. El Dios del cielo es el Dios de los bienaventurados; pero el Dios de la Eucaristía es el nuestro, el Dios de los viandantes, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro consejero, nuestro consuelo, nuestra fuerza. La Eucaristía es como el fin para que hemos sido bautizados; hacia ese alimento divino se dirigen todas las energías de esta divina vida engendrada en nosotros por el bautismo. Esta vida divina no puede durar ni perfeccionarse sin que vayamos á restaurar sus fuerzas en el adorable Sacramento.

Si Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado fuese conocido, sería amado y no veríamos á la mayor parte de los hombres tan alejados de él que ni aun en la Pascua se acercan á recibirlo ó lo hacen como forzados. Hablad, hablad muchas veces á los niños del Huésped del Tabernáculo; hacia El haced converger todo lo que les enseñáis, especialmente al tratar de los misterios de la Encarnación y de la Redención. Afianzad su fe en este punto, despertad en su corazón afectos ardientes de amor por este grande y santo amigo que vive tan cerca de ellos. No temáis interrumpir de vez en cuando vuestras explicaciones diciéndoles: "Ya hace media hora que estamos

tan cerca del buen Jesús, repitémosle el acto de amor.... un acto de deseo de la santa Comunión para que venga á visitarnos por la comunión espiritual." Enseñadles á hacer piadosamente las visitas al Santísimo; en una palabra, enseñadles á amar al que debéis amar también tan entrañablemente. En tiempo más ó menos lejano vuestros discípulos tendrán la dicha de hacer su primera comunión; recordadles muchas veces ese gran acontecimiento de su vida. Dadles una noción precisa de lo que es comulgar; enseñadles, con el Concilio de Trento, que la Eucaristía es el pan de vida, el *medio principal* de alimentar y sustentar la vida sobrenatural y el remedio de nuestra debilidad. Combatid las fatales doctrinas del jansenismo que matan las almas. No vayáis á proponerles como el ideal la comunión pascual que es el *non plus ultra* de condescendencia de la Iglesia, antes bien la comunión diaria á la que cada uno habría de aspirar en cuanto le fuere posible.

§ III.—Atractivos del Catecismo.

1.º Suponiendo que vuestra explicación tenga las cualidades arriba mencionadas, habéis de ir aun más adelante. Porque con todas estas preciosas cualidades de que no podéis prescindir, á la larga cansaríais á los niños si no procuráseis además tomar todas las medidas posibles para agradar y conmover sus corazones. Para esto habréis de mezclar en medio de vuestra explicación algunas comparaciones, parábolas, ejem-

plos. Así lograréis una atención de que no tenéis quizás idea. Ya sobraría la lista de los ausentes porque tendrá el Catecismo para los niños un atractivo inexplicable. ¡Cuántas veces no hemos visto en San Sulpicio á los niños echarse á llorar porque no podrían asistir al Catecismo! Pero por el contrario ¡cuántas veces los hemos visto saltar de gozo en sus bancos al saber que tal ó cual día no habría Catecismo! ¿Y por qué? ¿No teníamos entonces la culpa? Sí, porque no supimos interesarles. Veamos uno por uno los medios con que se ha de ingeniar el buen catequista para atraer y ganarse esas queridas almas tan difíciles de conquistar.

2. ° COMPARACIONES.—Muy raras veces hablaba el Divino Salvador á los niños y á los pobres sin explicar su doctrina con algunas comparaciones caseras. Cuando San Francisco de Sales exponía á los niños las verdades de la fe, “las comparaciones le nacían como por encanto; así es como supo mantener siempre atento á su auditorio infantil.”

Decían de cierto catequista: *Los niños ya no lo oyen, sino que se lo beben.* Este resultado no podrá obtenerse por la exposición desnuda de la doctrina.

Emplead las comparaciones sacadas de los objetos conocidos de los niños y que puedan relacionarse con la verdad que les estáis declarando. Exponedlas con brevedad, porque son sólo accesorias; no las multipliquéis demasiado para no distraerlos de la verdad que han de entender.

3. ° PARABOLAS.—Las parábolas son comparaciones que se revisten de alguna figura ó ficción histórica para aclarar una verdad moral; en esto también tenemos el ejemplo de nuestro Divino Maestro. Las parábolas son excelente medio de declarar mejor las verdades, de interesar y mover á los niños, porque la imaginación ayuda en gran manera su entendimiento.

4. ° EJEMPLOS.—Cuando hubiereis instruido á los niños sobre un punto moral, acudid á los ejemplos para cercioraros de que os han entendido. Preparad para los niños algunos casos de conciencia sencillos para que los resuelvan aplicando la doctrina que acaban de oír. Supongamos que les habéis expuesto la doctrina relativa á los juramentos hechos sin respeto y sin necesidad, y pongamos un ejemplo: Luis jugaba á los bolos; sus compañeros le han acusado en falso de hacer trampas en el juego. Jura que no hubo trampa de su parte. Uno de sus acusadores llega á abofetearle. Lleno de ira Luis jura tomar venganza. Vuelve á casa llevando aún las señales del bofetón. Su madre le pregunta si ha reñido; y el pobre Luis tiene la flaqueza de negarlo y de confirmar su mentira con un juramento. ¿Cuántos juramentos ha proferido Luis? Contémoslos bien. ¿Qué pensáis del primero, del segundo y del tercer juramento?

OTRO EJEMPLO.—Habéis hablado de los pecados interiores y decís: Pablo vió un hermoso reloj en el aparador de un relojero. La puerta está semiabierta; Pablo extiende la mano para cogerlo, pero el relojero viene y Pablo se escapa

sin robar el reloj. ¿Pensáis que sea ó no culpable de robo? ¿Podrían cogerle los guardias civiles?

Estos ejemplos bien propuestos son muy á propósito para penetrar bien la doctrina y grabarla.

5.º HISTORIAS.—¿Será calumniar á los niños si los llamamos golosos de historias? La verdad es que si no tenéis historias que contarles, difícilmente lograréis hacerles gustar el Catecismo. La historia reúne en sí todas las ventajas de las comparaciones, de las parábolas y del ejemplo; aclara las inteligencias, mueve el corazón y á veces puede convertir á un pecador. Esta sola palabra *una historia* produce en los niños un efecto mágico. La promesa de contarles una historia les tiene atentos hasta el fin del catecismo. Un buen catequista ha de estar como si dijéramos en caza continua de historias y tomarse el trabajo de apuntarlas sin tardanza en un cuadernito para aprovecharlas cuando se presente ocasión. La mejor colección de ese género es la que cada cual se va haciendo porque estarán más adaptadas á vuestro carácter y á la capacidad de los niños á quienes habéis de enseñar.

Las historias que acopiáis han de ser verdaderas; no las inventéis. Las historias apócrifas antes dañan á la religión que la sirven. La historia ha de ser seria; si no tiene más objeto que el de hacer reír, distraería á los niños y les haría perder el respeto debido á la divina palabra. Ha de hacerse notar por el fondo de las cosas ó porque ha pasado en el país, ó porque las personas débiles como nosotros han sabido encontrar en

la gracia la energía de la virtud, lo que nos incita á imitarlas, puesto que recibimos los mismos auxilios.

Con los niños es muy importante dramatizar las historias representando con viveza los hechos acaecidos, haciendo hablar á sus personajes, entablado entre sí diálogos á lo menos verosímiles si no recordáis las palabras mismas del historiador. Haced de manera que los niños crean ver y oír á los heroes de la historia que les referís.

Muchas veces la atención de los niños podría fijarse en pormenores accesorios; es menester fijarla en el asunto principal y no interrumpir la narración con preguntas. Apuntad sobre todo las historias que encontráis en la Sagrada Escritura ó en la vida de los Santos: las de la Sagrada Escritura son las más auténticas y encierran en sí cierto germen de salud eterna. Leedlas atentamente, y aprended á saber leer más de lo que hay, de modo que podáis suplir los pormenores omitidos por el historiador sagrado. Lo que éste dice, puede hacer os adivinar lo que no dice. Una lectura atenta y detenida os permitirá, quedando siempre en la verdad, dar vida á esos hechos tan auténticos al par que tan conmovedores.

Haced con paciencia una buena colección que os pueda servir; esto no impide que os podáis procurar algunos libros á propósito para enriquecer vuestro tesoro. Con estas industrias el Catecismo será para los niños una recreación de mucho agrado: acudirán con mucha puntualidad, os oirán con gusto y amarán la

religión que les suministra tan puros y tan dulces placeres. (1)

6.º PREMIOS.—No somos insensibles á los premios, y por consiguiente mucho menos lo serán los niños. Pero ¿cómo encontrarlos? En las alabanzas que sabréis dar á los niños, en las distinciones honoríficas, en las buenas notas, en estampas ú objetos de devoción, en libros.

Bueno es acostumbrar á los niños á los nobles sentimientos de pundonor y de vergüenza. Alabad sus pequeños adelantos para premiarlos y lograr otros mayores. Al mismo tiempo usad de alguna palabrita que les haga devolver esta gloria á Dios como único manantial y principio de todo bien. Excitaréis así su ardor sin despertar su vanidad.

Tened algunos puestos de honor, algunos cargos, como por ejemplo, apuntar las notas, las ausencias, y reservadlos para aquellos que más se aventajen por su instrucción y buena conducta. Dad notas, advirtiéndole que con ellas pueden los niños ganar modestos premios: medallas, rosarios, escapularios, estampas ó libritos como la *Imitación de Cristo*, *Visitas al Santísimo Sacramento*, etc. (2)

El Santo Concilio de Trento recomienda muy encarecidamente estas distribuciones de premios,

1 Un modo muy excelente de no encontrarse nunca desprovisto, consiste en hacer encuadernar su Catecismo insertando en cada hoja una ó dos hojas de papel blanco. En éstas se apuntan comparaciones fáciles y al alcance de los niños, cuentos y ejemplos breves, pero llenos de interés.

2 Vease el apéndice segundo.

y los mejores catequistas las han explotado con éxito felicísimo.

7.º CASTIGOS.—Aunque estos no tengan ningún atractivo, sin embargo deben tener su lugar al lado de los premios, y no podemos separarlos de aquellos.

A pesar de todos vuestros esfuerzos, no hallaréis la misma facilidad en dirigir á todos los niños: pues entre éstos encontraréis algunos flojos, distraídos y á veces discolos, á quienes será preciso castigar.

Para que sean útiles los castigos, han de ser raros; de lo contrario, se acostumbrarían á ellos sin hacerles mella ninguna.

En cuanto á las faltas de travesura y de genio, lo mejor es hacer la vista gorda; pero de tal modo que el niño sepa más tarde que las habéis advertido, sobre todo cuando os veáis obligado á castigarlas. Avisadles con bondad antes de castigar, y si es preciso valerse de este último remedio, hacedlo de modo que los niños entiendan que lo hacéis muy á pesar vuestro; así el castigo les será mucho más sensible y provechoso.

No seáis apresurado en castigar. Si estáis excitado, contentaos con anunciar el castigo para el fin del Catecismo; sin esto, excederíais los límites de la prudencia, escandalizaríais y agriaríais los ánimos en vez de domarlos. Dios no bendice lo que nace del primer ímpetu de la naturaleza. ®

Estáis muy sobre aviso, pero se presenta un niño algo grosero é insolente; anunciad algún castigo, sin decir cuál, para el fin de la reunión. Si el niño se enmienda, podréis mitigar la pena. Echad siempre algunas gotas de aceite sobre la

llaga con buenas palabras. En general, una palabra á la vez severa y paternal, dicha en particular, produce más fruto que una reprensión pública.

Si prevéis que un niño resistirá, dirigidle una mirada severa, decidle una palabra enérgica, laconica; pero no le exijáis lo que pudiera quizás rehusaros. Muy vergonzoso sería trabar lucha con él y más aún quedar vencido.

Si fuera menester echar á alguno, esperad si se puede al fin del Catecismo para decírselo. De ordinario su expulsión ha de ser por poco tiempo, para poderle recibir de nuevo cuando vuelva acompañado de sus padres.

Si por fin este desventurado viniera á provocaros, no le echéis nunca por vosotros mismos, sino acudid al sacristán ó algún otro para que lo eche fuera.

Los castigos ordinarios son: las malas notas, escribir la lección, el banco ó cuadro de ignominia, ponerlos de rodillas; en este último caso, más vale llamar al niño cerca de sí y hacerle arrodillar en medio de la iglesia ó capilla. Aislado y fuera de su lugar estará menos expuesto á resistir ó á tomar alguna vengancilla de su humillación, distrayéndose á sí mismo y á los demás.

8. ° Encontraréis quizás á algunos muy cortos de talento, incapaces al parecer de aprender nada. Con estos también hay que valerse de alabanzas que los alienten. No les echéis en cara su incapacidad ni uséis de castigo cuando no saben contestar. Hacedles preguntas sencillas á las que no tengan que responder más que sí ó no. Por ejemplo: "Hay tres personas en Dios, ¿verdad?"

Estas tres personas son Padre, Hijo y Espíritu Santo: ¿verdad?" Para facilitar su instrucción, ayudadles con algunas estampas ó cuadros que representen las principales verdades de la Religión.

Podrías asimismo llevarles delante de un Crucifijo, delante del Sagrario, á la fuente bautismal, al confesionario, á la sagrada mesa, explicándoles su uso y al mismo tiempo enseñándoles los principales dogmas de la Religión.

9. ° Para acabar esta primera parte, digamos una palabra acerca de las fiestas del Catecismo.

Lo extraordinario agrada mucho á los niños. Algunas solemnidades os servirán para romper la monotonía, escogiendo alguna de las fiestas de la Santísima Virgen y dos ó tres fiestas de los santos patronos de la niñez, verbigracia las de San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kotska, Santa Filomena, etc.

Se podría adornar é iluminar la capilla del catecismo, rezar y hablar de las virtudes del Santo y proponer alguna resolución práctica.

En las grandes solemnidades de la Iglesia, se podría tener algún ejercicio semejante, ó el mismo día (si se pueden juntar los niños) ó en el catecismo anterior ó posterior á la fiesta. Los versos recitados por cuatro ó cinco niños inteligentes y poco tímidos, serían el mejor modo de hacerles tomar interés por vuestro Catecismo. ®

10. Aprovechad todas las fiestas de la Santísima Virgen para dar á conocer á los niños á tan tierna Madre y para excitarlos á que la veneren y honren. ¡María ha tomado tanta parte en el misterio de la Redención del mundo! Gran parte

tiene también en la salvación de cada alma en particular.

¡Qué hermosa tarea la del catequista que se esfuerza en inculcar á los niños la verdadera devoción hacia María Santísima, y enseñarles á acudir siempre al amparo de tan tierna Madre que es el canal de las gracias de Dios! Obrar de este modo es asegurar casi infaliblemente la salvación de esas queridas almas. Estos niños formados del modo dicho, serán entonces más capaces de entender la significación de esa consagración á María con que se suele concluir el hermoso día de su primera comunión.



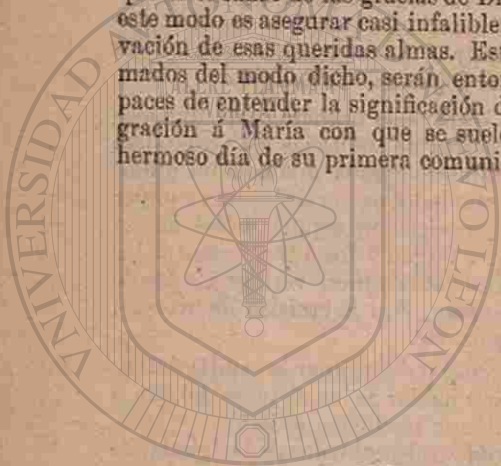
SEGUNDA PARTE.

EL CATECISMO EN ACCION.

No es fácil expresar por escrito una lección de Catecismo. En las contestaciones de los niños hay muchos incidentes que es difícil de prever de antemano. Además, el principal medio de llegar á interesar y á instruir á los niños consiste en tener alerta á todo ese menudo auditorio haciendo repetir á diez, veinte ó más niños una respuesta difícil ó una definición importante. Esas repeticiones tan naturales durante el Catecismo son fastidiosas en un libro.

Los ejemplos que vamos á exponer bastarán para dar una idea del método que se ha de seguir. Pueden suplir, á nuestro modo de juzgar, la experiencia que un catequista bisoño pudiera adquirir asistiendo á varias lecciones dadas por un catequista experimentado.

Hemos multiplicado las lecciones más de lo que pudiera hacerlo un catequista que dispone de poco tiempo, pero lo hacemos para que no se juzgue demasiado larga su lectura. Quizás parezcan también muy recargadas de historias, de ejemplos y de episodios; pero el fin que nos proponemos en estas pocas páginas es compendiar los varios incidentes que pueden acaecer, y ex-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



tiene también en la salvación de cada alma en particular.

¡Qué hermosa tarea la del catequista que se esfuerza en inculcar á los niños la verdadera devoción hacia María Santísima, y enseñarles á acudir siempre al amparo de tan tierna Madre que es el canal de las gracias de Dios! Obrar de este modo es asegurar casi infaliblemente la salvación de esas queridas almas. Estos niños formados del modo dicho, serán entonces más capaces de entender la significación de esa consagración á María con que se suele concluir el hermoso día de su primera comunión.



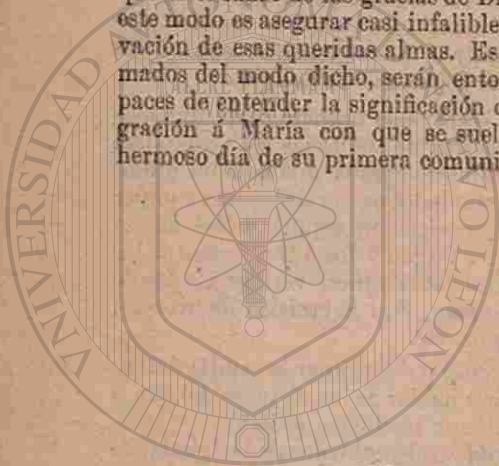
SEGUNDA PARTE.

EL CATECISMO EN ACCION.

No es fácil expresar por escrito una lección de Catecismo. En las contestaciones de los niños hay muchos incidentes que es difícil de prever de antemano. Además, el principal medio de llegar á interesar y á instruir á los niños consiste en tener alerta á todo ese menudo auditorio haciendo repetir á diez, veinte ó más niños una respuesta difícil ó una definición importante. Esas repeticiones tan naturales durante el Catecismo son fastidiosas en un libro.

Los ejemplos que vamos á exponer bastarán para dar una idea del método que se ha de seguir. Pueden suplir, á nuestro modo de juzgar, la experiencia que un catequista bisoño pudiera adquirir asistiendo á varias lecciones dadas por un catequista experimentado.

Hemos multiplicado las lecciones más de lo que pudiera hacerlo un catequista que dispone de poco tiempo, pero lo hacemos para que no se juzgue demasiado larga su lectura. Quizás parezcan también muy recargadas de historias, de ejemplos y de episodios; pero el fin que nos proponemos en estas pocas páginas es compendiar los varios incidentes que pueden acaecer, y ex-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



poner al lector las mil industrias de que puede echar mano para hacer su Catecismo útil é interesante, sin pretender con esto que se hayan de emplear todas juntas cada vez.

Ante todo instruid á los niños, y según la medida del tiempo sobrante, agregad á la doctrina los ejemplos é historias que la amenicen y la hagan penetrar más fácil y seguramente.

Como primer ejemplo hemos escogido una lección que es casi la misma en todos los Catecismos: *Dios y la Creación*. Damos en primer lugar el texto para desarrollarlo después palabra por palabra según el principio establecido antes, á saber: que las explicaciones han de versar todas sobre el texto.

DOGMA.

PRIMERA LECCION.

DIOS Y LA CREACION.

Primer artículo del símbolo: Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.

P. *¿Cuál es la primera verdad que hemos de saber?*—R. La primera verdad que hemos de saber es que hay un Dios.

P. *¿Por qué sabéis que existe Dios?*—R. Sé que Dios existe porque la razón me lo enseña?

P. *¿Por qué la razón os dice que Dios existe?*—R. Porque si Dios no existiese, no existirían tampoco el cielo ni la tierra.

P. *¿Por qué decís que no existirían el cielo ni la tierra si Dios no existiese?*—R. Digo que el cielo y la tierra no existirían si Dios no existiese, porque si se necesita un artífice para construir una casa, con más razón se necesitó un Creador que hiciese de nada el cielo y la tierra.

P. *¿Quién es Dios?*—R. Dios es un espíritu puro, infinitamente perfecto, creador, conservador y soberano señor de todas las cosas.

P. *¿Qué quiere decir espíritu puro?*—R. Espíritu puro quiere decir que no tiene cuerpo y que no puede verse ni tocarse.

P. *¿Qué significa infinitamente perfecto?*—R. Significa que Dios posee todas las perfecciones y que estas perfecciones no tienen límites.

P. *¿Cuáles son las principales perfecciones de Dios?*—R. Las principales perfecciones de Dios son estas: Dios es eterno, inmenso, todopoderoso, bueno, justo y misericordioso.

P. *¿Dónde está Dios?*—R. Dios está en todas partes, en el cielo, en la tierra y en todos lugares.

P. *¿Dios lo ve todo?*—R. Sí, Dios ve juntamente lo pasado, lo presente y lo futuro y hasta nuestros más secretos pensamientos.

P. *¿Por qué decís que Dios es criador de todas las cosas?*—R. Porque con su omnipotencia sacó de la nada el cielo, la tierra y todas las criaturas visibles é invisibles.

P. *¿Dios cuida del mundo que ha criado?*—R. Sí, Dios lo cuida; lo gobierna todo con su providencia y nada acontece en el mundo sin su orden ó sin su permiso.

Suponemos que el catequista ha llegado á la

iglesia antes que los niños; éstos ocupan su puesto; el catequista da una señal para que se levanten y otra para arrodillarse.

El Catequista. Hijos míos, vamos á hacer la oración, vamos á hablar con Dios y pedir la gracia de pasar bien el tiempo del Catecismo y aprovecharnos de él.

Dios no oye más que las oraciones bien hechas. Conque, las manos juntas y los ojos bajos para que se eleve nuestro corazón al cielo.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Hay algunos que no han entendido.... algunos alzaban los ojos..... La señal de la cruz estuvo bien hecha; pero hay cuatro ó cinco que la han hecho demasiado aprisa.... Dios no estará contento, vamos á hacerla de nuevo. Atención: En el nombre del Padre, etc..... Padre nuestro que estás en los cielos.....

El Catequista. Corazón Sagrado de Jesús.

Los niños. Tened compasión de nosotros.

Cat. Corazón Inmaculado de María.

Niña. Rogad por nosotros.

Cat. San José..... Santa Germana..... etc.

Cat. Me parece que la oración ha sido hecha con fervor. ¡Cómo os va á bendecir el Señor y cómo vais á estar atentos!

Alguno que otro se ha distraído algo... pero será por olvido.... no quiero nombrarlos. Dios los ha visto.... Es que no están acostumbrados todavía.... Cuento con que otra vez ya no lo harán y no querrán entristecer á nuestro Señor. Veamos ahora la lección; Pedro empezará y los demás irán contestando cada cual á una pregunta.

Cat. Bien, hijos míos, habéis sabido la lección.

Seis de vosotros han cambiado alguna palabra, por eso muy á pesar mío no les puedo poner la nota de *muy bien*. Estos son sus nombres. Los demás han contestado perfectamente. Pero no basta recitar la lección de memoria; hay que entenderla; si no os asemejaríais á cierto pájaro que no quiero nombrar..... un pájaro que habla sin saber lo que dice. ¿Queréis asemejaros á El?—
R. No, señor.

Cat. Entonces, atended. Veamos; todo el mundo deje el libro, cruce los brazos y abra bien sus oídos. ¿Quién no quiere atender? Que levante la mano. (Los niños se sonrien; no está mal.)

Cat. Francisco! (El niño se levanta.) Esta lección tiene por título "Dios." ¿Podrías decirme por qué el Catecismo empieza por hablarnos de Dios? R. Porque el Catecismo nos explica el símbolo y el símbolo empieza con estas palabras: "Creo en Dios."

Cat. Muy bien. ¿Habéis entendido? Repetid lo mismo Luis..... Julia..... María..... (1)

Cat. Atiende bien, Francisco. Voy á preguntar otra cosa más difícil. Atended todos porque temo que Francisco no pueda contestarme solo y tendréis que ayudarle. Vamos á ver: ¿por qué el símbolo nos habla de Dios desde el principio? El niño se calla.) ¿Quién me contesta?... Nadie responde, y sin embargo, no es tan difícil. Si doy la respuesta, cada cual dirá que podía haberla adivinado. Mira, Francisco; supongo que voy á tu casa. Encuentro toda la familia reunida; ¿á

1. Cuando los niños están cerca del Catequista, en vez de llamarlos por su nombre, mejor es señalarles con una sencilla indicación. De este modo están más atentos y se cansa menos el Catequista.

quién saludaré primero? ¿te saludaría á tí antes de los demás?—R. No señor, saludaría Vd. primero á mi padre.

Cat. ¿Por qué?—R. Porque es el jefe de todos los demás y el primero de toda la familia.

Cat. Así es. Ya entendéis ahora por qué el símbolo empieza hablándonos de Dios. Veamos, díme por qué; es muy fácil.—R. Porque Dios está encima de todos los demás y porque es el creador de todo cuanto existe.

Cat. Perfectamente. ¿Cómo puedes contestar tan bien, si todavía no hemos explicado la lección? ¿Quién te ha enseñado que Dios es el creador de todo lo que existe?—R. Es mi madre, señor.

Cat. ¡Dichoso tú que tienes buenos padres! Hay que amarles mucho y obedecerles con mucho amor. ¿Queréis que digamos algo al Señor que está allí cerca en el Sagrario para que bendiga á vuestros padres? No os mováis; oid lo que yo voy á decir solo y luego lo repetiréis todos juntos: "Dios mío, bendecid á nuestros buenos padres."

¡Acabáis de dar gusto al Señor! El os ha bendecido y ha bendecido también á vuestros padres; ¡bien lo merecen!, ¡tanto hacen por vosotros! Cuando vengáis á la iglesia no os olvidéis de pedir al Señor por vuestros padres; repetid esta oracioncita; es fácil y no la olvidaréis. Todos los días vuestros padres os hacen favores, todos los días también habéis de rogar por ellos.

Cat. Entendéis ahora esta pregunta: ¿cuál es la primera verdad que hemos de creer, y por qué el símbolo nos enseña en primer lugar que Dios existe? Pasemos, pues, á la segunda. ¿Por qué

creis.... etc. La contestación es sencilla y ya la disteis; pero hay una palabra que no se entiende, *la razón.* ¿Qué quiere decir esto, Luis.... Julio.... María.....? Estáis apurados; en verdad es algo difícil; pero escuchadme. Tú mismo, Luis, tienes en casa un perrito; si lo traieras al Catecismo, ¿entendería? Y sin embargo, tiene orejas.—R. Pero le falta la razón.

Cat. La razón; entonces es algo que falta á los animales, que nos eleva encima de ellos; es nuestra inteligencia: aquella facultad, aquella luz espiritual que Dios ha puesto en nosotros y que nos permite conocer á Dios y entender la verdad. Augusta, ¿los caballos tienen razón? ¿Y los pájaros?..... ¿y los monos? ¿A quienes la ha otorgado Dios nuestro Señor?

Cat. Alberto, ¡qué hermoso regalo nos ha hecho el Señor! ¿y por qué?... ¿Qué es mejor: tener razón ó carecer de ella? ¿Por qué me entendéis y me respondéis? Llegamos á la tercera y á la cuarta pregunta. Ved cómo se pueden entender perfectamente, sin otras explicaciones.

P. ¿Por que decís que no existirían el cielo y la tierra si Dios no existiese?—Digo que el cielo y la tierra no existirían si Dios no existiese, porque si se necesita un artífice para construir una casa, con más razón se necesitó un Creador que hiciese de nada el cielo y la tierra.

Cat. Pedro, si te diese un reloj; mira aquí ves el mío. Si te dijese: "Este reloj se hizo por sí solo, no ha habido nunca relojeros;" ¿qué me dirías?—R. Diría que esto no es posible.

Cat. ¿Y por qué?—R. Porque está demasiado bien hecho para haberse hecho por sí solo.

Cat. Sí, está demasiado bien hecho; sus diversas partes están demasiado bien ordenadas para haberse combinado por sí solas. Y, sin embargo, aunque tan bien hecho, á veces anda mal y le acaece no indicar bien las horas. El sol nunca se ha equivocado, siempre se levanta y se pone á hora fija: ¿pudo pues hacerse por sí solo ó al acaso? Francisca, me he equivocado: ¿es cierto que el sol no se ha parado nunca? Doy un punto á quien lo adivine. La contestación está en la Historia Sagrada ... Leopoldo parece saberlo.—*R.* Sí, señor, por milagro se paró en tiempo de Josué.

Cat. Muy bien; allá va el punto prometido. A Luis ahora. Supongo que viene ahora á la capilla un hombre que asegura no haber existido nunca ningún herrero. ¿Cómo os arreglaríais para probarle que está en error? Buscad en esta misma capilla... ¿Quién contesta? Repito... ¿nadie contesta? Pues yo lo diré y os pesará no haber encontrado una respuesta tan fácil. Le mostraría, ¿sabéis qué? pues la reja del presbiterio. Vamos á ver ahora; Jorge, supongo que ya podrás contestar: Si este hombre dijera "no ha existido ningún carpintero," ¿qué le mostrarías para probarle que se engaña?—*R.* Le mostraría la reja.

Cat. Ay! qué distraído eres... Y tú Paula, busca más cerca de tí.—*R.* Señor, yo le mostraría el banco.

Cat. ¿Y si dijese que no ha habido albañiles?—*R.* La capilla.

Cat. Muy bien; voy á preguntar á varios; cuidado con equivocarse. María... Luisa... Francisco... Pablo...; ¿i este hombre fuese tan desventurado que negase la existencia de Dios?—*R.*

Señor, yo le diría que es un ignorante y un mentiroso.

Cat. Eso no; este modo no es caritativo. No hay que decir injurias á los que se engañan; mejor sería decirle... ¿qué le dirías, Luis?—Señor, le mostraría el cielo.

Cat. Muy bien, has hablado como el Espíritu Santo. ¿Es muy sabio el Espíritu Santo?—*R.* Sí, señor.

Cat. ¿Y cómo lo sabes?—*R.* Porque es la tercera persona de la Santísima Trinidad.

Cat. Así es. Augusto, ¿quién es el Espíritu Santo? Angela... Luis..., habéis hablado como el Espíritu Santo; es preciso que os refiera sus palabras. "Los cielos narran la gloria de Dios." Repetirlo.... Oid á este propósito una historia. Era en tiempo de la revolución francesa; un hombre malvado é impío decía á un campesino:—"Vamos á derribar vuestros campanarios y vuestras iglesias.—Puede ser que sí, contestó el campesino; pero nos dejaréis las estrellas, y mientras exista este abecedario de Dios, nos bastará para hacer deletrear á nuestros hijos el nombre de Dios." ¡Qué hermosa respuesta en boca de un campesino, y cuánto más valía ante los ojos de Dios que el impío!

Cat. Pablo, dime quién nos hace valer más á los ojos de Dios, ¿la virtud ó la ciencia?—*R.* La virtud.

Cat. Y cuando se instruye al ignorante, ¿qué virtud se practica?—*R.* La caridad.

Cat. Muy bien; y fijaos en esto. Si no se hubiese tenido caridad para instruirnos, ignoraríamos muchas cosas necesarias á la salvación. Amad mucho el Catecismo, queridos niños; allí

es donde se os enseñará el camino del cielo. Esto me recuerda una preciosa historia. ¿Queréis que os la cuente? O será mejor que la guarde para otro día. (La respuesta no es dudosa.) Un día, en un país muy frío, muy frío, un misionero al abrir la puerta de su cabaña al amanecer, vió sentados en el banco junto á la puerta á muchos niños que acudían al Catecismo. Entre ellos había uno con los pies descalzos. —“Hijos míos, dijo el misionero; está nevando y hace tanto frío; ya podíais haberos quedado en casa con un tiempo tan malo y dejar el Catecismo. —Y dirigiéndose al chiquillo descalzo:—Pero te vas á helar los pies, hijo.” ¿Sabéis qué contestó el salvajito? Una respuesta propia para arrancar lágrimas. Oid: —“¿Qué importa que se me hielen los pies, con tal que aprenda el camino del cielo!” ¡Qué contestación! Vamos á repetirla nosotros también, dos veces; esto os agradará: “¿Qué importa, etc.” Sí, os lo repito, queridos niños; amad mucho el Catecismo.

Cat. Armando, cuando te paseas, si el sol, los árboles y las flores pudiesen hablar, ¿qué te dirían? ¿No adivinas?... Te dirían: “No nos hemos hecho nosotros mismos; alza los ojos: en el cielo está el que nos hizo...” Y si les preguntásemos el nombre de aquel que los crió?—R. Contestarían: *Es Dios.*

Cat. Perfectamente. Esto me trae á la memoria otra historia. Ya no es un campesino, sino uno de los más grandes sabios de Inglaterra. Este sabio, que se llamaba Branks, acababa de dar la vuelta al mundo. El rey Jorge le preguntó: —“¿Qué habéis visto en vuestro viaje el rededor del mundo? —He visto al Señor del mundo!”

Hermosa respuesta, que quiere decir: mi razón, al contemplar las obras de Dios, me ha mostrado á Dios que las sacó de la nada.

Cat. He aquí otra pregunta más difícil. La respuesta no está en la lección, pero lo mismo da. María. ¿hay alguno más que nos diga que Dios existe?—R. Sí, señor.

Cat. ¿Y quién nos lo dice?... No contestáis. Quizás respondisteis al acaso. Luis, Pablo, ¿qué he preguntado?... (Todos callan.) Ya, ya había notado que no atendíais; me ha causado extrañeza porque de ordinario estáis atentos. Voy á repetir. Si hubiese una cortina entre mí y vosotros no me veríais; pero si oculto detrás de esa cortina os hablase, ¿creeríais que estoy allí?... ¿Y Dios?—R. Señor, Dios nos ha hablado.

Cat. ¿Dios os habló? ¿Cuándo?—R. A mí no, pero á Adán, á los Patriarcas.

Cat. Muy bien. Dos puntos al que me cite una circunstancia, referida en el Santo Evangelio, en que se vea que Dios ha hablado á los hombres. Buscad..... Era quizás en tiempo de San Juan Bautista!—R. Señor, en el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo.

Cat. Contad el hecho. (El niño lo refiere y recibe su premio)

Cat. Aumentemos más aún nuestra atención; hemos llegado á una hermosa pregunta, hay que cruzar bien los bracitos. Pero ya hace media hora que estamos en casa y en clase de Nuestro Señor; allí está, en el Sagrario; digámosle alguna palabrita; esto agradará á nuestro Divino Maestro y os aliviará un tanto. Repetid conmigo: ¡Oh Jesús!.. No, me equivoco: ¡Oh buen Jesús, os amamos con todo nuestro corazón!—Aho-

ra todos juntos... otra vez, ¡es tan hermoso!... ¿Habéis oído? No, pero los ángeles lo han oído: desde el fondo del tabernáculo ha contestado una voz que decía: *Gracias, mis pequeñuelos; yo os bendigo.*

P. ¿Quién es Dios?—R. Dios es un espíritu puro, infinitamente perfecto, creador, conservador y Soberano Señor de todas las cosas.

¿Quién es Dios? Francisco... Carlos... Julio... Víctor... Muy bien, pero hay que entender todas las palabras. ¡Oh, y con cuánta atención vais á escuchar las explicaciones! ¡Nos es tan grato conocer á Dios! Hasta aquí vuestra conducta ha sido excelente, y si hasta el fin del Catecismo estáis muy quietos y atentos, me propongo contaros una historia muy bonita; pero no os olvidéis de la condición.

Cat. Dios es espíritu. ¿Qué significa esto? Sin duda os costaría responder, pero oid: Un espíritu es un ser vivo que no se puede ni ver ni tocar. Repito otra vez. Repetid ahora: Agustín... Ernesto... Luisa... Julia... María.

Cat. Veamos si todos han entendido: Agata, ¿este libro es espíritu?—R. No, señor.

Cat. ¿Por qué?—R. Porque se puede ver y tocar.

Cat. Bien; y ¿por qué más, Pedro?—R. Este libro no vive.

Cat. Muy bien; juntad ahora las dos respuestas. ¿Por qué este libro no es espíritu, Pedro... Luis... Pablo...?

Cat. Pablo, ¿quién está cerca de ti?—R. Señor, es Antonio.

Cat. Mira bien, hay alguno más cerca que no quiero nombrar. Mirad bien todos. ¿Cómo se

llama? Su nombre empieza por A.... Es un ser vivo é invisible. Es... —R. Señor, es el Angel de la guarda.

Cat. Muy bien; Augusto, hazme ver á ese ángel y te doy dos puntos. —R. No se puede, Señor; es un espíritu.

Cat. ¿Habéis visto á vuestro Angel de guarda? Lucía... Margarita... Juana... ¿Y por qué?

Cat. Hijos míos, os voy á hacer otra pregunta difícil. A ver quién me contesta. ¿Dios es espíritu?

Todos contestan: Sí, señor.

Cat. Está bien; pero en la Sagrada Escritura se nos habla á veces de los ojos de Dios, del rostro, de los brazos, de las manos de Dios. Mirad, allí arriba del altar á ese anciano que tiene el globo en la mano: ¿quién es?—R. Representa á Dios.

Cat. Ya veis, pues, que es como en la Sagrada Escritura: Dios tiene rostro, manos, brazos.

Entonces el Catecismo se ha equivocado al decir que Dios es espíritu puro. Habrá que escribir al señor Obispo para que mande cambiar esta palabra... ¿Qué te parece, Agustín, Pedro? Un punto para el que conteste bien; pero si nadie contesta, lo diré y me quedaré con el punto. (Todos callan.) Pues oid la respuesta, porque la voy á hacer repetir por varios: Dios se nos representa de este modo para hacerlo más perceptible á nuestros ojos y para darnos á conocer mejor sus cualidades. Así, cuando se representa á Dios como á un anciano con barba blanca, es para recordarnos que Dios ha existido en todo tiempo: se le coloca el globo del mundo en la

mano para recordarnos que Dios ha creado al mundo y que lo conserva.

Cat. Luis, ¿por qué se representa á Dios con un cuerpo? María... Margarita... Dorotea... Pedro... ¿por qué se le representa como anciano?— Luisa, ¿por qué se le pone en las manos el globo del mundo? Pablo... Luis... Catalina...

Cat. ¡Atención! Vamos á explicar estas palabras: *infinitamente perfecto*. Infinitamente perfecto significa que tiene todas las perfecciones. Repetid, María... León... Daniel...

Está bien; pero ¿qué significa la palabra *perfección*?... Bautista... Augusto... parecéis turbados, y, sin embargo, lo sabéis. Ya os voy á mostrar cómo lo sabéis. Pedro, ¿es perfección ser perezoso?—R. No, señor.

Cat. ¿Ser mentiroso... glotón... malo?—R. No, señor.

Cat. ¿Ser piadoso... justo... caritativo?...—R. Sí, señor.

Cat. No os habéis equivocado una sola vez; vuestras respuestas han sido exactas. Por tanto, ya sabéis de antemano lo que es perfección; fácilmente aprenderéis ya su definición. Os la voy á dar; pero todos oiganme con atención porque la voy á hacer repetir por muchos.

Una perfección es una buena cualidad. Ya veis que no era difícil.

Luis, ¿qué cosa es perfección? Ser bueno, piadoso, laborioso... glotón, perezoso, ¿son perfecciones?... ¿Por qué? Pablo... León... repetid lo mismo....

Cat. Francisco, ¿tenemos algunas perfecciones?—R. No, señor.

Cat. Si fuera cierto, ya tendríamos motivo de entristecernos.... Luis, ¿qué te parece?...

Esta es la respuesta: Sí, tenemos algunas perfecciones, ó buenas cualidades, pero son muy pocas, muy pequeñas, y además las tenemos recibidas de Dios. Por el contrario, Dios tiene todas las perfecciones. Las posee en grado infinito y no las ha recibido de nadie. Voy á repetir lo mismo....

Cat. A tí te toca, Pablo; ¿tenemos perfecciones?... ¿son grandes?... ¿las tenemos de nuestra propia naturaleza? Augusta... Inés... ¿Y Dios, etc. Ahora una pequeña dificultad, María: supongo que tienes un hermanito, quien se ensoberbece de algunas buenas cualidades que encuentra en sí. ¿Cómo te arreglarías para corregirle, para enseñarle á no engreirse? Estás dudosa, no te atreves á contestar. Animo.—R. Señor, para corregirle habría que azotarle.

Cat. ¡Vaya una hermosa tarea! Se enfurecería y quizás por orgullo. Yo no haría lo mismo. A ver si aprobáis mi método: en primer lugar, para ganarle el corazón le daría un buen abrazo, luego le diría que me parece que tiene buenas cualidades y que me regocijo de ello, y después le diría:—“Mira, hermanito, no hay porque ensoberbecerte; Dios nos lo prohíbe. El Santo Niño Jesús, que tenía tantas buenas cualidades, era muy humilde. Si tienes buenas cualidades, éstas son muy pequeñas, muy pocas y Dios es quien te las ha dado. Le has de dar gracias á Dios dándole toda la gloria de ellas. Si fueses un vestido muy hermoso á un pobre, y si este pobre tuviese gratitud, iría publicando por todas partes que tú le habías regalado ese vestido, que tú

eres muy caritativo. Pero si fuera diciendo por todas partes: *Mirad qué bien me cae este vestido, admirad qué bien parezco con él*, creo que merecía que todos se burlasen de él. Dios nos ha dado algunas buenas cualidades; agradezcámoslo, pero acordémonos también de que tenemos defectos muy feos, y seamos muy humildes.

Cat. ¿Te parece bueno este método, Antonio?

—R. Sí, señor.

Cat. ¿Y es bueno reunirse hermanos entre sí?—

R. No, señor; hay que amarse mutuamente.

Cat. Muy bien. Otra pregunta. Dios es espíritu puro, infinitamente perfecto, eterno. Celestino, ¿qué quieren decir estas palabras: *Dios es eterno*?—R. Significan que Dios no tuvo nunca principio y no tendrá jamás fin.

Cat. Sí, hijos míos; Dios ha existido siempre, no tuvo principio ni tendrá fin. Dios existía antes del sol y las estrellas; El es quien las ha criado. Dios no tendrá fin; el sol, las estrellas, la tierra pasarán, pero Dios existirá siempre.

Cat. Luis, ¿Dios ha existido siempre? ¿Existía antes que el sol? Cuenta sobre tus dedos y mira cuántos siglos hace que Dios existe ..

Este pensamiento encantaba á Santa Teresa de Jesús. A cada obra que hacía la santa, solía repetir: *Un pasito más que te acerca á un eterno remunerador*. Si obramos mal, seremos castigados por un Dios eterno; si somos buenos, seremos recompensados por un Dios eterno: ¡Oh! ¡qué buen amo el nuestro!

Para no cansaros, ya basta por hoy; continuaremos otra vez la explicación de esta hermosa lección. Sin embargo, no nos vayamos sin sacar algún fruto del Catecismo. Esto quizá os sor-

prenda y preguntaréis qué clase de fruto será éste: si de chabacano ó de peral ó de manzano hijos; este fruto ha de ser para el alma, ha de ser espiritual.

Este fruto será una buena resolución que vamos á tomar: oídme todos con atención. Hemos visto ya que Dios es muy grande, infinitamente perfecto; nada somos en su presencia; por consiguiente debemos..... á ver si adivináis..... debemos respetarle. Este respeto se lo manifestaremos sobre todo cuando hablamos con Dios, esto es, cuando rezamos.

Si fuera yo un muchachito del Catecismo, diría en mis adentros: "Puesto que Dios es tan grande, tan perfecto, tomo la resolución de rezar en su presencia con mucho respeto, las manos juntas, los ojos bajos y de rodillas.

Por el contrario, un niño ligero, no volverá ya á pensar en lo que ha oído en el Catecismo y seguirá haciendo sus oraciones con distracción, sin recogimiento; mientras que el niño juicioso no lo olvidará y aprovechará. ¿Quién quiere ser juicioso? Sí, todos lo queréis ser.

¿Qué fruto sacaréis, pues, del Catecismo, Luis.... Pablo.... Carmen....?—R. El fruto que sacaré será el de hacer las oraciones con mucho respeto.

Cat. ¿Y por qué, con mucho respeto?—R. Porque Dios es muy grande y yo soy muy chico.

Cat. Pablo, cuando Luis tenga cuarenta años ya no podrá decir: "Yo soy muy chico." A los cuarenta años es uno grande. ¿Qué te parece?—R. Señor, ante Dios siempre somos pequeños.

Cat. Muy bien. Os he prometido un cuento si estabáis atentos; todos lo habéis estado y tengo

que cumplir mi promesa. Será breve porque ya es hora; el Catecismo se nos ha pasado tan rápidamente..... y estoy con tanto gusto en medio de vosotros cuando os veo tan piadosos y atentos! Este es pues el cuento.

Vivía un niño tan piadoso, que se decía siempre de él: ¡es un ángel! Un día su madre entra en el cuarto donde le había dejado para que se divertiera. El niño ya no jugaba; estaba de rodillas, las manitas juntas, los ojos bajos como lo vais á estar todos cuando recemos la oración. "¿Qué haces allí, amado mío?, le dijo su madre. —Mamá, me ensayaba en adorar á Dios.—¿Y cómo lo hacías?, agregó la madre.—Pues le decía, respondió el niño: Dios mío, sois muy grande y yo soy muy pequeño, yo os adoro!"

¡Qué bien hecha estuvo esta oración, hijos míos! La vamos pues á decir todos juntos dos veces para que la aprendáis.

Cat. De rodillas, queridos niños; vamos á rezar la oración para dar gracias á Dios por los beneficios que nos ha concedido durante el Catecismo y para pedirle su bendición.

Acordémonos de que Dios es digno del más profundo respeto, que es muy grande y que nosotros no somos nada: En el nombre del Padre, etc.....

SEGUNDA LECCION.

Cat. ¿Qué hemos de hacer para empezar el Catecismo?—*R.* La oración.

Cat. No, hijos míos, no hagamos la oración. Esto os sorprende. Hagamos... una buena oración... una fervorosa oración. No es lo mismo.

Cat. ¿Y cómo empezaremos la oración?—*R.* Con la señal de la cruz.

Cat. Tampoco eso basta; empezaremos con una señal de la cruz bien hecha que pueda agradar á Ntro. Señor, como aquella que en Lourdes enseñó la Santísima Virgen á Bernadita. No sabéis quizás esta historia; pero si estáis muy quietecitos y atentos os la contaré al fin del Catecismo; ya lo habéis oído..... al fin, nada más. Será mi pequeño premio por vuestra atención, porque el gran premio consiste en las gracias y en la bendición que el buen Jesus da siempre desde el tabernáculo á los niños que se manejan bien durante el Catecismo.

Si Nuestro Señor, por milagro, se os manifestara al fin del Catecismo, le veríais sentado en un hermoso trono, con la mano derecha levantada para bendecir á cada uno de los que se han portado bien. ¡Qué dicha cuando es uno virtuoso, recibir la bendición de nuestro bondadoso Salvador! Hoy, todos la mereceremos, porque todos vamos á estar muy atentos. Conque, ¿ya están la manos juntas, los ojos bajos? Empecemos: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.....

Cat. Desde el Sagrario el buen Jesús ha contestado: "¿Qué bien rezan estos niños; yo los bendigo?" Y María: "¿Se han persignado como Bernardita!" Sí, hijos míos, en Lourdes fué donde la Santísima Virgen quiso enseñar á Bernadita... pero ¿qué estoy haciendo? Todavía no hemos acabado el Catecismo..... pero os habéis persignado con tanta devoción que ya os habéis ganado la mitad de la historia no os queda,

pues, más que ganar la otra mitad. ¿Y cómo?
—R. Estando muy atentos.

Cat. Eso es, recemos.... Hoy todos habéis ganado un punto por la oración bien hecha. Mirad lo que tengo en la mano tres estampas. ¿A quién le tocará ganarlas? Lo ignoro, quizás vosotros ó quizás también yo mismo. Voy á preguntaros algo acerca de las últimas explicaciones, y daré las estampas á los que me contesten mejor..... si no atináis, me quedaré con ellas..... Temo perderlas porque todos ossteis la explicación con mucha atención.

Cat. ¿Cuál es el primer artículo del símbolo de los Apóstoles?—R. Creo en Dios Padre todopoderoso.

Cat. Bien. ¿Por qué empieza el símbolo hablándonos de Dios? ... No respondéis.... y lo sabéis... allí está la respuesta en un rinconcito de vuestra cabeza.... Vamos, si fuera á vuestra casa, ¿á quién había de saludar primero?—R. Señor, el símbolo nos habla de Dios porque es criador y soberano Señor de todas las cosas

Cat. Así es, pero he tenido que ayudaros. Repetid la respuesta, Andrés.... Felipe... María...

Cat. Pablo, ¿por qué vienen al Catecismo los niños y no los caballos, los perritos?—R. Porque los animales no entenderían.

Cat. ¿Por qué no entenderían?—R. Porque no tienen razón, ni entendimiento.

Cat. ¿Es gran ventaja gozar de la razón?—R. Sí, señor.

Cat. ¿Por qué?—R. Porque se puede conocer á Dios.

Cat. Muy bien; así es. Repetid, Agustín.....

Leoncio.... Rufino.... Refugio.... ¿Es gran ventaja gozar de la razón?... ¿Por qué?...

Cat. Teófilo, ¿qué cosa es un carpintero?—R. El que parte leña.

Cat. ¿Os reís? Bien sabe él lo que quiso decir. Cuidado, Teófilo; contesta más exactamente. El carpintero es el que trabaja....—R. En madera.

Cat. Si un hombre dijese que no ha existido jamás ningún carpintero, ¿cómo le demostraríais que es falso?—R. Enseñándole estas bancas, aquel púlpito.

Cat. (Las mismas preguntas se repetirán acerca del herrero, del relojero, etc) Luis, cuando vemos tantas criaturas que nos rodean tan bien armonizadas y ordenadas, ¿qué nos dice la razón?—R. Que todo esto fué hecho por un Ser infinitamente poderoso y sabio, que es Dios.

Cat. Muy bien; voy á repetir las mismas preguntas y me vais á contestar sin tropiezo. Pedro, ¿quién es Dios?—R. Dios es espíritu puro....

Cat. ¿Por qué decís que Dios es espíritu?—R. Porque Dios no tiene cuerpo, etc....

Cat. ¿Por qué decís que Dios es eterno?... Pablo.... Augusto.... Nicolás.... Germán... repetid eso.

Cat. Luis, ¿podemos ver á Dios en este mundo?... ¿Por qué no se puede ver?... ¿Cuándo le veremos, Juan.... Pedro.... Pablo...?

Cat. Augusta, ¿qué quiere decir: Dios es eterno?—R. Dios es eterno porque no ha tenido principio, etc.

Cat. ¿Tu visteis principio?—R. Sí, señor.

Cat. ¿Cuándo dejaréis de existir?—R. No lo sé; cuando Dios quiera.

Cat. ¿Dejaréis de existir, cuando muráis?—
—R. Sí, señor.

Cat. María, ¿esta respuesta está bien dada? ¿Habráis respondido así? (La niña no contesta; no escuchaba.) ¿Qué he preguntado? No escuchabas. (La vecina dice en voz baja: Estaba jugando con las tijeras.)

Cat. ¡Oh Victoria! ¿qué acabas de hacer? Esto no es caridad... no has pensado en lo que has dicho..... ¿Te gustaría que te descubrieran tus defectos?

Cat. Amelia, iba á dar á María toda la lección á escribir por no haber atendido; ¿no te parece que haría mejor en dar ese castigo á Victoria?—R. Señor; mejor será perdonarlas á las dos: ya no lo volverán á hacer.

Cat. ¿Has oído, Victoria? ¿Lo habéis oído todos? Esa es verdadera caridad. Y á propósito, oíd una buena lección de Nuestro Señor y grabadla en vuestra memoria: "Haced á los demás lo que quisierais que hiciesen con vosotros." Repetid eso, Luis.... Noemi.... Augusta.... (1.)

Cat. Amelia, ya que contestaste tan bien, he preguntado á Luis si después de su muerte dejaría de existir y me contestó que sí: ¿dirías tú lo mismo?—R. Me parece que se habría de contestar que á la hora de la muerte, el alma y el cuerpo se separan; el alma deja esta vida de la tierra para entrar en la otra vida que dura por toda la eternidad.

Cat. Muy bien; allí va una estampa. La con-

1. Hay que aprovecharse de todas las ocasiones para dar buenas lecciones á los niños y formarlos en la virtud.

testación es excelente y Dios premia á los niños caritativos.—Sin duda era lo que querías decir, Luis; dílo pues de nuevo... Augusto... Nicolás.... Enrique.... Joaquín...

Cat. Quedan todavía dos estampas. Enrique: Dios es infinitamente perfecto, ¿qué significa?—
R. Significa que tiene todas las perfecciones.

Cat. Supongamos que ignore lo que es perfección... decídmelo, Augusto... Francisco.... Eugenia.... ¿Dios es muy sabio?... ¿Sabe muchas cosas?... Decidme qué día habéis de morir..... ¿Dios lo sabe?... ¿Quiénes son los que construyeron esta iglesia?... ¿Dios los conoce?... Decidme los nombres de los que vivían en esta parroquia hace doscientos años... ¿Dios los sabe?..... Repitamos lo mismo, Pablo..... Francisco..... Juan....

Cat. Aquí están las dos estampas que quedan; las doy á los que me parecen haber contestado mejor: á Luis y á Pablo. ¡Atención! Vamos á acabar la explicación; el que atienda se acordará, y el que se acuerde, ganará puntos.

Descansemos un rato haciendo un acto de caridad. Hay una niña del Catecismo en cama; es Clara. Vamos á rezar por ella un Padre Nuestro y una Ave María. Después de ese acto de caridad, todos atenderéis mejor, con los brazos cruzados y los oídos muy abiertos....

Cat. Dios es inmenso. ¿Qué quiere decir eso, Julio?—R. Quiere decir que Dios está en todas partes.

Cat. ¿Dios lo ve todo?—R. Sí, señor, Dios lo ve todo, lo presente, etc.

Cat. Nicolás, ¿Dios está en el cielo?..... en la

tierra?... en América.... en Roma?... en casa?... aquí, ahora.... ¿Lo creéis todos?

Cierto día un niño volvía del Catecismo; alguno para ponerle en aprietos le dijo: "Te doy una estampa si me dices dónde está Dios.—Yo, contestó el niño, le doy á Vd. dos si me dice en qué parte no está!" ¡Excelente respuesta!

Cat. Pedro, vamos á ver si encuentras tres lugares en que Dios no esté: primero, el mar, luego?...—*R.* Señor, Dios está en el mar, en todas partes.

Cat. Muy bien, quería cogerte y no he podido. Otra pregunta: ¿Qué pasa ahora en casa de tus padres?—*R.* No lo sé, señor; no estoy allí para verlo.

Cat. ¿Podrías decirme lo que pasa aquí?—*R.* Sí, señor, porque estoy aquí.

Cat. De modo que se sabe lo que pasa donde uno se encuentra; y puesto que Dios está en todas partes, ¿qué se sigue de allí?—*R.* Se sigue que lo ve todo.

Cat. Muy bien. Repitamos estas preguntas. Luis.... Melania.... Cecilia.... Oid una historia. Un día, en tiempo de la vendimia, un niño pasó al lado de una viña. El demonio de la gula le tentó para que hurtara algunas uvas. El niño mira á ver si alguno le acecha; y ve á una mujer anciana que venía en la misma dirección; coge entonces algunas piedras y hace como que espanta los pájaros. Cuando la anciana hubo pasado, el ladroncillo coge unos cuantos racimos y se va diciendo:—"Ya puedo estar tranquilo: estoy cierto de que nadie me ha visto" ¡Ay! hijos míos, ¡cómo se equivocaba, porque le

ha visto alguno! ¿quién le habrá visto?—*R.* Dios, que está presente en todas partes y lo ve todo.

Cat. Muy bien. Otro día alguien quería arrastrar á un santo varón á que cometiese un pecado. ¿Sabéis lo que contestó el santo? Os vais á espantar de su respuesta; contestó: "Sí, de buena gana".... ¡qué respuesta!; pero oidla hasta el cabo; añadió:—"Sí, de buena gana, pero con la condición que me lleve á algún rincón donde Dios no me pueda ver." ¡Qué hermosa lección! No la olvidéis. Si alguna vez se os propone, ó si el demonio os mueve á cometer un pecado, cualquiera que sea, ¿qué contestaréis?—*R.* Sí, de buena gana, etc.

Cat. Y para encontrar ese rincón donde Dios no os vea, ya se podrá buscar por mil años y más; nunca se encontrará. Dios lo ve todo, absolutamente todo. Los árabes expresan esta idea de un modo muy expresivo. Dicen: "Dios ve en la noche negra, una hormiga negra sobre una piedra negra;" esto es, Dios lo ve todo.—Miradme bien, niños. ¿Ya me habéis mirado bien? Que se levante, pues, Pedro y diga en qué estaba pensando mientras me mirabais?... Tú, Luis.... Antonia.... Pablo.... No podéis adivinar; no lo sabéis; pero ¿lo sabe Dios?—*R.* Sí, señor.

Cat. ¿Y cómo lo sabe?—*R.* Porque Dios lo ve todo, hasta nuestros más secretos pensamientos.

Cat. Muy bien. Allí tenéis un excelente modo de ser siempre muy buenos, recordando que estáis en presencia de Dios que os mira.

Cat. Pablo, dínos un buen modo de ser siempre muy buenos.—*R.* Recordando, señor, que...

Cat. ¡Muy bien aprendido! A ver, Luis.... Augusto.... María.... etc.

Hijos míos, muchas veces habéis oído hablar de un grande santo que fué también un sabio muy grande, Santo Tomás de Aquino. Escuchad lo que decía este Santo y no lo olvidéis nunca. Un Padre dominico, lleno de veneración por este Santo, le preguntó: "Padre, antes de dejarnos para irnos al cielo, dadnos una regla de conducta que nos sirva para ir al cielo también." Escuchad lo que contestó Santo Tomás: "El que anduviere siempre en la presencia de Dios, estará dispuesto á darle cuenta de sus obras y nunca perderá su amor cometiendo algún pecado." No olvidéis tan santa máxima.

Prosigamos nuestras explicaciones. Dios es todopoderoso. Esta palabra *todopoderoso* se explica por sí misma, *todo poderoso*. ¿Qué quiere decir todopoderoso, Andrés?—R. Que Dios puede hacer todo lo que le agrada.

Cat. Esto es. Repetid lo mismo, Estanislao... Pablo... Carlos... Justino... Ernesto...

La tierra es muy grande, hijos míos; sin embargo, dicen los astrónomos que el sol es 1.330,000 veces mayor que la tierra. Muchas estrellas son mil y mil veces mayores que la tierra, y se cuentan más de 30 millones. Todo esto Dios lo ha hecho por su sola voluntad.

Dijo: "Quiero que haya un sol, una tierra y estrellas;" y al punto existieron el sol, la tierra y las estrellas. Ya veis si Dios es poderoso.

Cat. Sigamos: Dios es bueno, es decir, que Dios gusta hacernos bien. Repetid lo mismo, Pablo... Agustín... Rufina... ¿Dios es tan solo bueno ó infinitamente bueno?—R. Dios es infinitamente bueno.

Cat. ¿Por qué decís que es infinitamente bue-

no?—R. Porque todas las perfecciones de Dios son infinitamente grandes.

Cat. Andrea, ¿por qué nos ha dado Dios la vida? ¿Nos necesitaba? ¿Es acaso por pura bondad, para hacernos felices, para hacernos bien?—R. Sí, señor.

Cat. Pablo... Luis... Juana... ¿por qué nos ha dado Dios la vida? ¿Qué fin se propuso?

Hijos míos, ¿quién os ha dado á vuestros buenos padres? ¿quién os da el aire que respiráis, el pan que coméis? etc. Me respondéis cada vez: ¡Dios! Está bien; pero algunos han respondido muy bien. Luis, ¿quién ha contestado mejor?... ¡no lo sabes decir!... Unos han contestado Dios, á secas, otros han acompañado este santo nombre con otra palabra.—R. Los que han contestado: ¡Dios Nuestro Señor!

Cat. Muy bien. ¿Con qué palabras empieza la hermosa oración que Cristo nos ha enseñado?—R. Con estas palabras: Padre nuestro.

Cat. Eso es. Así quiso Dios enseñarnos que nos quiere tanto como un buen padre.

Cuentan que había un pastorcito que no podía nunca acabar la hermosa oración. Se echaba á llorar de tal modo, que nunca podía llegar al fin. Preguntado por qué lloraba así, contestó: "¡Sí, lloro al pensar que Dios, tan grande, es tan bueno para mí que soy tan pequeño, que quiere que le llamemi Padre!" ¡Ah, hijos míos! ¡que dicha si todos pudiéseis asemejaros al pastorcito, no precisamente en llorar, sino en amar mucho á Dios Nuestro Señor! Decidme, ¿queréis amarle mucho?—R. Sí, sí.

Cat. Repetid, pues, conmigo, del fondo del corazón, las palabras que voy á decir: "¡Oh Dios,

nuestro Padre, os amamos con todo nuestro corazón!"—R. ¡Oh Dios, nuestro Padre!, etc.

Cat. Muy bien. Al decir esto os habéis asemejado al pastorcito, y el buen Jesús os ha bendecido desde el santo Tabernáculo.

Por hoy no iremos más adelante. Habéis estado muy quietecitos y atentos y os debo una recompensa. Si mal no recuerdo, creo que es una historia acerca de la señal de la cruz. Se trata de Bernardita y de la Santísima Virgen, ¿verdad? Escuchad, pues.

Bernardita era una muchacha de una villa que se llama Lourdes. Era muy pobre, tan pobre, que sus padres no tenían leña para cocer la sopa. Era pobre, sí, pero muy pura, muy dócil y muy inocente, y por eso el Señor y la Santísima Virgen la amaban mucho. Creedme, hijos míos, vale mil veces más ser pobre y bueno que rico y malo. ¡Si supierais cuánto amó el buen Jesús á los que son buenos entre vosotros!

Un día que hacía mucho frío, la madre de Bernardita mandó á sus hijos á que fueran á recoger leña; pero como Bernardita estaba delicada y enfermiza, le dijo:—"Tú, Bernardita, no saldrás, porque hace demasiado frío." La pobre niña contestó con mucho respeto á su madre:—"Le suplico, á Vd., madre, me deje ir con mis hermanos; me cubriré bien con la mantilla y no sentiré frío.—Bueno, ve, pues, le dijo entonces la madre; pero volved pronto."

Los niños se fueron en busca de leña seca al pie de un gran peñasco. Para acercarse á la peña había que atravesar un riachuelo; Bernardita, para vadearlo, empezaba á descalzarse, cuando oye de repente un fuerte ventarrón encima

de su cabeza; alza los ojos y ve. . . . ¡qué cosa, hijos míos! . . . ve á la misma Reina del cielo, á la Santísima Virgen. No fué esta la única vez; otras muchas tuvo la dicha de volver á contemplar á María. Pues bien, un día, la Santísima Virgen tomó en su mano derecha la cruz de un hermosísimo Rosario que llevaba y enseñó á Bernardita cómo se persigna uno. Ya podéis figuraros si la dichosa niña aprovecharía tan celestial lección; y aprovechó tanto que al verla persignarse, decía uno que la miraba:—"Yo no sé si en el cielo se persignan, pero si lo hacen, no lo harán mejor que Bernardita."

Ea, pues, queridos niños, persignémonos también nosotros como Bernardita. "En el nombre del Padre, etc." ¡Cómo al veros nuestros ángeles custodios, habrán dicho: "¡Qué bien lo hacen estos niños; lo hacen como en el cielo!"

Hemos acabado el Catecismo; demos gracias á Dios, haciendo una hermosísima señal de la cruz y luego una fervorosa oración.

TERCERA LECCION.

¿Habéis visto cuántas cosas buenas se aprenden en la lección que vamos explicando? ¡Qué dicha la de poder asistir al Catecismo! Os confieso por mi parte que siempre veo con gusto llegar el día y la hora del Catecismo: es tan grato hablar de Dios con unos niños tan atentos! (1). ¡Cuántos pobres niños paganos no tie-

1. No hay peligro en hablar mucho á los niños, aun cuando hubiese alguna exageración; porque encomiando su atención se obliga de algún modo á los que son más distraídos á prestarla.

nen, como vosotros, la dicha de asistir al Catecismo! Demos gracias á nuestro buen Salvador Jesús por tan señalado favor. Oídme y repetiréis lo mismo todos á una: "Señor, Jesús, os damos gracias con todo nuestro corazón por el beneficio de habernos hecho cristianos" ... Empecemos con la oración: "En el nombre del Padre, etc." (Síguese la recitación de la lección señalada.)

Como habrá quedado poco que explicar, hay que ocupar el tiempo en hacer repetir á los niños las explicaciones anteriores. Multiplicad las preguntas breves y vivas; tened alerta á todo ese menudo auditorio. Si las respuestas no son satisfactorias, contentaos con hacerles repetir estrictamente lo que les dijisteis, sin modificar vuestras preguntas, si, por el contrario, los niños contestan con seguridad, se podrán variar las preguntas para que los niños se acostumbren á ejercitar, no solo la memoria, sino también su entendimiento. Además, se pueden añadir algunas explicaciones que el catequista no haya dado antes para no cargar demasiado la memoria de los niños.

Pongamos algunos ejemplos:

Supongamos que preguntáis á los niños si se puede ver á Dios, y que su respuesta ha sido buena; podéis entonces decirles cómo ese Dios, invisible ahora, le podremos ver en el cielo, tomando pié de allí para decirles algo de la hermosura de Dios y de la bienaventuranza del cielo, aprovechando esta ocasión para exhortarles á la virtud que les merecerá el cielo.

Podéis también decirles que ya en esta tierra,

si viven santamente, pueden tener de Dios un conocimiento espiritual que les hará felices y será para ellos como un gusto anticipado del cielo. Nos refieren las sagradas letras esta hermosa sentencia del Señor: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán á Dios." Los niños os oirán con mucho interés si les referís cómo, aun en esta vida, Dios ha dejado ver á algunos santos algún rayo de su hermosura. Esta vista les arrebatava en éxtasis; su cuerpo levantado del suelo se hacía insensible. Ha habido santos que después de visión tan encantadora, quedaban tan tristes al verse obligados á seguir en esta vida, que la fuerza que se hacían para resignarse les hizo arrojar sangre.

San Felipe Neri, al entrar en alguna iglesia, sabía perfectamente si estaba el Santísimo y en qué altar estaba depositado. En vano procuraron engañarle. Era limpio de corazón.

Añadiréis: "El pecado es como una espesa nube que nos impide la vista de Dios que se puede tener en la tierra y que nos alcanza la limpieza de corazón." Excitaréis en ellos el horror al pecado y si veis que se conmueven con esto, les diréis también: "Mirad, niños míos, para que Nuestro Señor no se esconda á los ojos de nuestra alma, procuremos purificarla rezando más con el corazón que con la boca un buen acto de contrición. A ver quién lo reza con mayor devoción: *Señor mío Jesucristo*....."

Si les habláis de la bondad de Dios, buscad con ellos en la Sagrada Escritura algunos pasajes que la ponen más en relieve, ¡hay tantos y tan hermosos! El catequista pondrá todo el esmero posible en hacerles entender que Dios es un

padre cariñosísimo, el mejor de los padres. Si no tuviera más fruto de todos sus trabajos, por muy bien empleados podrá dar todos sus afanes y desvelos.

Y para acabar hagamos hincapié en que se cerciore bien el catequista si la última instrucción ó las explicaciones anteriores han sido entendidas.

Lo principal es instruir á los niños; pero siempre que se presente ocasión hay que injertar, por decirlo así, la educación cristiana en la instrucción, hay que formar el alma en la virtud al mismo tiempo que se la instruye.

Cat. Volvamos á nuestras explicaciones: *Dios es justo*, esto es: Dios da á cada uno lo que merece. Repetid, Luis... Andrés... Micaela...

Cat. *Dios es misericordioso*, esto es, Dios es bueno aun con los malos, sobre todo cuando éstos se arrepienten. Repetid esto, María... Juana... Leonía...

Cat. Lucía: tengo una dificultad. Escuchad bien todos, porque dudo que Lucía conteste bien por sí sola. Ya sabéis que Adán fué al principio muy bueno y santo y que por el pecado se hizo malo y enemigo de Dios. Lucía, cuando Dios hacía bien á Adán, todavía inocente, ¿se mostraba?... — ¡No contestas! Es fácil. ¿Quién me responde?... ¡Recordad qué cosa es ser bueno!—R. Dios se mostraba bueno.

Cat. Muy bien; pero hay otra dificultad: cuando Adán hubo pecado, Dios no le abandonó, siguió haciéndole bien. Entonces Dios se mostraba con Adán..... ¿bueno ó misericordioso?—R. Misericordioso.

Cat. Veamos si todos han entendido. Voy á

preguntar lo mismo á varios; tomemos ahora á Abel y á Cain. Pedro, cuando Dios hacía bien á Abel, ¿se mostraba? ... etc.

Cat. ¿Por qué decís que Dios es el Criador de todas las cosas, Augusto?—R. Digo que Dios es el Criador de todas las cosas; porque con su omnipotencia sacó de la nada el cielo, la tierra y todas las criaturas visibles é invisibles.

Cat. ¿Qué quiere decir criaturas visibles, Juan, Pedro, Luis, Adrián, Paulina... etc.—R. Las que se ven.

Cat. Nombradme algunos.—R. Los animales, los árboles.....

Cat. Muy bien. Lo mismo: Pablo, María, Margarita... ¿qué entendéis por criaturas invisibles? No es difícil encontrar la respuesta.—R. Las que no se pueden ver.

Cat. Citadme algunas... por ejemplo, en el cielo.—R. Dios.

Cat. ¡Hola! No sé si todos pensarán del mismo modo. ¿Qué te parece Bernardo?—R. Dios no es criatura, sino nuestro Criador.

Cat. Repetid: Agustín... Ignacio... Manuel... Bernardo, acaba y te doy un punto. ¿Cuáles son las criaturas invisibles?—R. Los ángeles, nuestras almas.

Cat. Muy bien, discurre perfectamente, atiendes mejor y Dios te bendice; te doy pues el punto de mil amores.

Cat. Vamos adelante. Dios es nuestro Criador; se llama criador al que crea algo; pero quizá muchos de vosotros ignoran lo que significa la palabra *crear*. Voy á explicarla y hacer repetir: Conque crear significa hacer una cosa con nada. Repetid, Germán, Luis, Pablo...

Cat. Augusto, ¿qué queremos significar cuando decimos *Dios es el Criador de todas las cosas?*

—*R.* Quiere decir que Dios de la nada hizo todas las cosas.

Cat. Está bien; pero veamos si está esto bien entendido. ¿Qué oficio tiene tu padre?—*R.* Señor, mi padre es carpintero.

Cat. Hermoso oficio, que le asemeja al Señor San José. Bueno; pues si tu padre quisiese hacer una mesa, ¿cómo se arreglaría? Ya lo habrás visto, dínoslo, que con gusto lo aprenderemos.

—*R.* Señor, tomaría unas tablas y después de haberlas aserrado, las cepillaría y las ensamblaría.

Cat. Y cuando hubiese acabado todo esto ¿podría decir: acabo de crear una mesa?—*R.* Sí, señor.

Cat. Pablo, ¿qué dices á esto?—*R.* No, señor.

Cat. Ya hay diversidad de pareceres. ¿Qué decís, si ó no? Víctor, Juana, María...

Cat. Pablo, fuiste el primero que dijo que no. Así es; pero dime por qué sostienes que el padre de Augusto no creó la mesa (Pablo calla). Creo yo que has contestado algo á la ventura. Nunca se contesta así; más vale callar ó decir con humildad: *lo ignoro.*

Cat. Francisco, ¿tuvo razón Pablo en decir que el padre de Augusto no había creado la mesa?—*R.* Señor... lo ignoro.

Cat. Me gusta esta respuesta. Pero reflexionad un poco. Crear es sacar algo de la nada, y el padre de Augusto ha tomado tablas, sierras, cepillos; por consiguiente, no ha creado la mesa; sí, la hizo, la fabricó.

Cat. Augusto, de ordinario me contestas bien;

esta vez vas á hablar como un doctor. Escuchad bien todos, la pregunta es algo difícil. Es el caso que Augusto, después del Catecismo, vuelve á la oficina de su padre, lo saluda con respeto y le habla poco más ó menos en estos términos:—“Papá, si no estuviera V. demasiado atareado, le agradecería me hiciese una mesita para estudiar mi lección; la que tengo está ya desvencijada.” Su papá le contesta:—“Hijo, lo que me pides es muy sencillo; te voy á satisfacer sin tardanza.” Entonces dice el padre de Augusto:—“Quiero que exista ahora aquí una mesita,” y al punto aparece la mesita muy bien hecha. Augusto, como niño agradecido y bien educado, abraza á su papá dándole las gracias y se lleva la mesa. Ahora bien, Augusto; ¿te ha acaecido algún caso parecido?—*R.* No, señor, nunca.

Cat. Pero si el caso pudiese darse, ¿no podría decirse que tu padre ha creado la mesa?—*R.* Dispénseme V., señor.

Cat. ¿Qué os parece, Luis, Adrián, Petra?

Cat. Bartolomé, ¿cuál es el oficio de tu padre?—*R.* Señor, es albañil. (Empezad de nuevo las mismas preguntas de antes, aplicándolas á la construcción de una casa.) Añadid luego:

Cat. ¿Dios necesitaría madera para hacer mesas, ó piedras para construir una casa, etc.?

Si los niños están bien instruidos, se les podrá hacer contar la creación del mundo y preguntarles qué cosas hizo Dios cada uno de los días de la creación. Quedarán muy contentos de mostrar sus conocimientos en Historia Sagrada.

Cat. Alejandro, ¿quién tiene el poder de crear?—*R.* Dios sólo.

Cat. ¿Por qué? No puedes responder. Escu-

chad bien. Es porque es Todopoderoso y sólo Él lo es.

Cat. Repetid. . . . Ahora ¿qué significa *Dios es Todopoderoso?* (Alejandro es corto y no contesta. No hay que dejarle así para que se burlen los demás de su incapacidad. Se procedería de otro modo si fuese soberbio ó distraído. Es corto, pero atento; le sacaréis del mal paso con otras preguntas que encierren en sí la respuesta.)

Cat. No te turbes, mi Alejandro; estoy cierto que ya lo sabes, pero eres demasiado tímido. Mira: un ser poderoso es el que puede mucho; por consiguiente, un ser *todo poderoso* ¿será el que puede *mucho*, ó el que puede *todo* lo que quiere?—R. Es el que puede todo.

Cat. Muy bien. Repetid, Cecilia, Luisa, Juan.

Cat. Ya estamos en la última pregunta. ¿Dios cuida del mundo que ha creado, Francisco?—R. Sí, Dios lo cuida, lo gobierna todo con su providencia y nada acontece en el mundo sin su orden ó sin su permiso.

Cat. Muy bien. Esta pregunta no necesita explicación; explica una palabra que hemos visto en la quinta pregunta y que no he explicado hasta ahora. ¿Quién es Dios? Dice el Catecismo: Dios es un espíritu puro, infinitamente perfecto, creador, conservador y soberano Señor de todas las cosas. Lo habéis oído: *conservador* de todas las cosas.

Cat. *Conservador* quiere decir el que sigue teniendo cuidado, el que conserva. Francisco, ¿hay alguna diferencia entre crear una cosa y conservarla?—R. Sí, señor.

Cat. ¿Cuál es esa diferencia?—R. Crear es ha-

cer de nada alguna cosa, mientras que conservar es. . . .

Cat. ¡Ánimo hijo!—R. Señor, yo no sé.

Cat. Bien: más vale contestar así que responder al acaso. Conservar una cosa, es alimentarla, hacerla durar, impedir que se destruya.

Cat. Enrique, ¿cuántos años tienes?—R. Doce años.

Cat. ¿No tenías un hermanito?—R. Sí, señor, pero ha muerto.

Cat. No te lo pregunto para entristecerte; no te aflijas por eso; ya está con los ángeles en el cielo. Invócale y encomiéndate á él para que te alcance ser siempre bueno, para que le puedas encontrar algún día en el cielo. Mirad, hijos míos; Dios ha creado á Enrique y le ha conservado la vida; ha creado también á su hermanito y no le ha conservado la vida.

Cat. Luisa, ¿qué vida no ha conservado Dios á ese niño?—R. La vida del cuerpo.

Cat. Muy bien. Agustín, ¿quién te ha dado la vida. . . . quién te la conserva? . . . Luis, Francisco, Pedro, ¿quién nos da el pan que comemos, el aire que respiramos, los vestidos que nos cubren?—R. Dios nuestro Señor.

Siempre la misma contestación: Dios nuestro Señor. Le hemos, pues, de amar mucho: ¡es tan bondadoso! Ea, digámosle que le amamos rezándole el acto de caridad: *Dios mío. . . .* Otro más corto: *Oh buen Jesús, os amamos con todo nuestro corazón.*

Cat. Por fin, dice el Catecismo: *Dios es el Soberano Señor de todas las cosas.* ¡Qué enseñanza más digna de atención! Dios es el dueño, el gran Señor de todo. Es Señor de vuestra alma, de

vuestro cuerpo, de vuestros pensamientos, de vuestras obras.

Cat. Andrés, un carpintero ha creado una mesa; ¿a quién pertenece la mesa?—*R.* Señor, no ha podido crearla.

Cat. Muy bien; quería ver si te fijabas y discutías. Digo, pues; un carpintero ha hecho una mesa: ¿a quién pertenece la mesa?... Si aquella mesa tuviera voluntad, ¿a quién había de obedecer?—*R.* Al que la hizo.

Cat. Muy bien. Preguntaré lo mismo á varios.. ¡Ah, hijos míos, cuán verdadero es esto, y cómo lo habríamos de tener presente! Dios nos ha dado ojos, ¿y para qué? Para que contemplemos el cielo y digamos: *Dios que hizo un cielo tan hermoso, ¡qué hermoso ha de ser!* Nos dió oídos para recibir las enseñanzas, los buenos consejos; una lengua para decir la verdad.

Pero si fuerais á serviros de vuestros ojos para mirar cosas inconvenientes, de vuestros oídos para oír malas palabras, de vuestra lengua para mentir, robaríais los dones de Dios para hacerlos servir *contra El, porque es vuestro Señor;* vuestros ojos, vuestros oídos, vuestra lengua, todos vuestros miembros le pertenecen: debéis, pues, serviros de ellos según sus designios y no contra su santísima voluntad. Es vuestro Soberano Señor.

Si Dios que es nuestro Señor no fuera al mismo tiempo bueno y cariñoso Padre con todos nosotros, bien podría decir á sus ángeles: *Arrancad á ese niño esos ojos, arrancadle su lengua.* Supongamos á un rico príncipe que da á un cortesano suyo una espada esmaltada con muchos diamantes y que el cortesano luego que la coge

se empeña en atravesar el corazón de aquel príncipe: ¡qué locura y qué ingratitud no sería la suya! Eso mismo, hijos míos, eso mismo hacemos cada vez que pecamos, cada vez que hacemos servir nuestro cuerpo y nuestro entendimiento para ofender á Dios. Sí, ahora mismo vamos á repetir estas palabras de arrepentimiento; repetidlas conmigo: *¡Oh, Dios mío, que sois nuestro Soberano y nuestro Padre, perdónanos nuestras deudas!*

Cat. Ya va á dar la hora. ¡Qué pronto pasa el tiempo! Antes de separarnos os voy á proponer una adivinanza. Mucho me temo que no déis en el clavo... porque... no se reflexiona bastante. ¡Es tan raro encontrar á niños reflexivos! Vamos á ver: ya que Dios nos ha creado, hemos... Continúad... No es tan difícil sin embargo; hemos de hacer... su vo... —*R.* Su voluntad.

Cat. ¿Por qué?... Porque nos ha criado y es nuestro sove... —*R.* Nuestro Soberano Señor.

Cat. Conque, ¡atención! Ya que Dios nos ha creado, hemos de... —*R.* Obedecerle... hacer su voluntad.

Cat. ¡Muy bien! Cuando respondéis todos á un tiempo, no hay que levantar tanto la voz. Ya que Dios es justo y poderoso, hay que tem... —*R.* Hay que temerle.

Cat. Ya que Dios es bueno, hay que... —*R.* Amarle.

Cat. Ya que Dios es misericordioso, cuando hemos tenido la desgracia de ofenderle, hay que esperar en El y pedirle ¿qué?... Per... —*R.* Perdón.

Cat. Empiezo de nuevo, pero que nadie titubee. Ya que Dios nos ha creado, etc... —*R.*

Cat. No olvidéis esto; pero sobre todo no ol-

vidéis que Dios es infinitamente bueno y que le hemos de amar con toda el alma.

No hemos de separarnos sin decir algo á Nuestro Señor. Oidme primero, y luego repetiremos juntos: *Dios mío, os amo con toda el alma, con todo el corazón...* Otra vez: *Dios mío, os amo....*

Cat. Está muy bien. Y el fruto del Catecismo sera esta vez.... Oid bien. Será evitar todo pecado para no dar pena á Dios que se muestra tan bueno con nosotros (1).

MORAL.

PRIMERA LECCION.

Cat. Llego algo tarde, hijos míos, pero he tenido que hacerme esperar porque alguna persona me pidió algún servicio. Siento mucho haber perdido estos cinco minutos; ¡es tan precioso el tiempo del Catecismo! Supongo que aunque haya estado ausente, habréis entrado en silencio y que habréis hecho con mucha devoción el acto de adoración ante el Santísimo Sacramento. Cuando estoy aquí, es el ministro de Dios el que os cuida; pero cuando no estoy, es el mismo Dios que os está mirando. Cuando no estoy, cada cual ha de decirse: *El padre no me ve, pero Dios que está aquí, me ve.* De rodillas. Una hermosa señal de la Cruz y una oración como de ángeles. Empecemos: *En el nombre del padre, etc.*

1 En esta tercera reunión de los niños, hay poca doctrina. La razón de esto es que la hemos querido emplear casi exclusivamente en hacer repetir las explicaciones dadas ya anteriormente.

SEGUNDO MANDAMIENTO: *No jurar el santo nombre de Dios en vano.*

P. *¿Qué se nos prohíbe por el segundo mandamiento de la ley de Dios?*—R. Se nos prohíbe:

1. ° Jurar en vano. 2. ° Blasfemar. 3. ° Echar imprecaciones. 4. ° Faltar á los votos que uno hubiese hecho.

P. *¿Se nos prohíbe absolutamente jurar?*—R. No, señor; sólo se prohíbe jurar en vano.

P. *¿Quién jura en vano?*—R. El que jura sin necesidad, sin verdad y sin justicia.

P. *¿El que juró hacer una cosa prohibida está obligado á cumplir su juramento?*—R. No, señor, porque pecó al hacer ese juramento, y pecaría de nuevo si lo cumpliese.

P. *¿Está permitido alguna vez hacer juramentos?*—R. Se nos permite en muy graves circunstancias, como cuando está uno citado en justicia ó cuando el juramento es el único medio de probar la verdad.

P. *¿Qué cosa es blasfemia?*—R. Es decir palabras injuriosas contra Dios, la Santísima Virgen, los Santos ó la Religión.

P. *¿En qué consiste echar imprecaciones?*—R. Consiste en expresar deseos de males y desgracias contra sí mismo, contra el prójimo ó contra las criaturas.

P. *¿Qué cosa es voto?*—R. El voto es una promesa hecha á Dios de hacer alguna buena obra con intención de obligarse á ella bajo pecado.

P. *¿Es pecado no cumplir los votos hechos?*—R. Sí lo es; y por lo tanto no se han de hacer sin pensar bien en ello y sin pedir consejo á quien conviene.

Cat. El primer mandamiento nos enseña nuestros deberes para con Dios; el segundo nos enseña á respetar su santo nombre. Este mandamiento nos prohíbe cuatro cosas: la primera, es hacer malos juramentos.

Cat. Merced, ¿qué cosa es hacer juramento? Es tomar á Dios por testigo, etc..

Cat. ¿Quién me puede decir qué cosa es testigo?... No lo sabéis. Pues testigo es aquel que ha visto ú oído alguna cosa. Supongo que Pedro llega algo tarde á casa por la tarde. Su madre teme que no haya ido á la escuela, y Pedro le jura que ha ido, añadiendo: "Si no lo cree usted, pregúntelo á Germán." Germán, á quien preguntó la madre de Pedro si era verdad, contesta: "Sí, Pedro ha ido á clase; estaba á mi lado." En este caso Germán ha servido de... —R. Testigo.

Cat. Muy bien. (Algunos ejemplos más). Luis, escucha bien otra pregunta más difícil. Se ha encontrado á un hombre muerto á la orilla del camino; por allá cerca está un pastor á quien se acusa de ser asesino; nadie lo ha visto, pero tienen sospechas. Para probar que es inocente, no hace lo de Pedro llamando á un testigo, porque no lo puede encontrar. A ver... ¿Quién lo vió? .. ¿Quién lo ve todo?... Luis.—R. Dios lo ha visto.

Cat. Y si pidiera á Dios le sirviese de testigo ¿cómo se llamaría ese acto?—R. Hacer un juramento.

Cat. Muy bien. Dios no se le manifestará porque es invisible para nosotros mientras vivamos en esta tierra; pero el efecto será el mismo que si se apareciese.

Cat. Enrique: ¿es pecado jurar?—R. Sí, señor.

Cat. Y tú, Pablo, Augusto, Angela, Luisa?—

Ya estáis divididos: unos dicen que sí y otros que no. Creo que todos tenéis razón y ninguno la tenéis. Esto os extraña, pero oidme y veréis. Los que dicen que jurar no es pecado, tienen razón pero se han equivocado en no haber añadido: *cuando hay graves motivos para ello*. Los demás tienen razón, pero debían decir: El jurar es pecado *cuando está mal hecho*.

Cat. Jurar es tomar á Dios por testigo; como si se dijera: *Creo que Dios está presente en todas partes, que lo ve todo, y como ni puede engañarnos ni engañarse, le invoco como testigo de esta verdad*. Este acto honra á la majestad de Dios; así es que en su bondad de Padre no prohíbe jurar. Nos permite llamarle como testigo.

Hay juramentos malos. Un juramento es malo... Fijaos bien, varios tendrán que repetirlo: 1.º cuando se hace sin necesidad; 2.º, cuando se hace sin verdad; 3.º, cuando se hace sin justicia; 4.º, cuando promete uno con juramento lo que no quiere cumplir. Repetid lo mismo, Adolfo, Bernardo, Cástulo...

Cat. Se hace juramento sin necesidad cuando se hace por una cosa de poca importancia, porque es faltar al respeto debido á Dios.

Lo entenderéis con un ejemplo: Dos niños están jugando á las canicas. El uno, Luis, cuya canica quedó en el círculo, está muerto. Así es como acostumbraís decir, ¿verdad? El otro, que se llama Pablo, le dice: "Estás muerto, has perdido."—No, dice Luis; mi canica estaba cerca de la raya, pero no la tocaba." En esto pasó un general todo cubierto de condecoraciones. ¿Qué pensaríais de Luis si se acercase al general y le dijese: "Señor, venga usted á ver si es cierto que

he perdido; sírvame usted de testigo, venga á impedir á Pablo que se lleve mis canicas.”

Enrique, ¿qué dirías de esta conducta?—R. Diría que no tiene respeto al general, molestándole por tan poca cosa.

Cat. ¿Piensas tú que el general se apearía de su caballo para poner de acuerdo á esos dos niños?—R. Señor, yo creo que no les haría caso, ó que se enojaría con ellos.

Cat. Muy bien. Ahora dejemos al general. Supongamos que Pablo dice á Luis: “Has perdido, has hecho trampas.—No, no hago trampas, con testa el otro.—Júrame, pues, que no hiciste trampas,” replica Pablo, y Luis lo jura. ¿Qué os parece del caso?—R. Haría muy mal

Cat. ¿Mal? pero ¿por qué? Luis no miente, no ha hecho trampas, Pablo es el que se engaña.—R. Es cierto, no miente; pero con todo es faltar al respeto tomar á Dios como testigo por tan poca cosa.

Cat. Perfectamente. Andrés, viene un niño que ha dicho palabras groseras y dice á su confesor: “He jurado;” ¿así es como se debía de acusar?—R. No, señor; debería decir: “He dicho palabras groseras.”

Cat. Arturo, si tú fueras Luis, ¿qué contestarías á Pablo si te dijera: “Júrame que no has hecho trampas?”—R. Le diría que no quiero por tan poca cosa.

Cat. Pero te diría: “No quieres jurar porque trampeaste; si no juras, no te creo.”—R. Yo le respondería de nuevo: “No, no he hecho trampas y no quiero jurar.”

Cat. ¿Y si viniese á las manos para obligarte á jurar?—R. A mi vez le pegaría también.

Cat. ¡Bonito modo de acabar el pleito! Un buen cristiano no riñe. Lo que te excusa un poco es que no sabes todavía la explicación del quinto precepto que nos prohíbe reñir; sin esto tendría que decir que semejante respuesta me causa mucha pena, porque aunque no sea pecado el defenderse, sin embargo no es lo más perfecto.

Cat. Abel, ¿qué contestarías?—R. Creo que si quisiera obligarme á jurar, me iría de allí.

Cat. ¿Y si llegase á los golpes?—R. Me parece que le perdonaría.

Cat. ¿Quién te ha enseñado á contestar tan bien?—R. Eso, señor, lo he aprendido en la escuela, cuando nos han contado que Cristo Nuestro Señor perdonó á sus verdugos y que rogó por ellos.

Cat. Raras veces, hijo mío, he oído tan buena respuesta. En premio, toma esta estampa de Jesús crucificado, de Jesús perdonando á sus verdugos.

La contestación de Abel me recuerda una historia muy tierna. Un gran señor llamado Juan Gualberto, tenía un hermano á quien amaba entrañablemente. Este hermano murió asesinado. Imposible describir el dolor que Juan tuvo con esa muerte; desde entonces siempre salía armado para matar al asesino de su hermano si alguna vez le encontrase en el camino. Un día, mientras andaba acompañado de sus pajes por un camino estrecho, ve de repente al homicida de su querido hermano solo y sin armas.—“¡Misericordia, exclama el desventurado asesino; estoy perdido!” Luego, viendo una cruz cerca se arrojó á ella estrechándola en sus brazos, se-

perando el golpe mortal. Juan sacando la espada lanza su caballo contra aquel infeliz; mas de pronto recuerda que Jesús ha perdonado á sus verdugos: este recuerdo le conmueve y volviendo la espada á la vaina, baja de su caballo y abraza al asesino de su hermano.

Después de acto tan heroico, Juan se siente bañado en celestial consuelo. Así es, hijos míos, como Dios recompensa las obras generosas, sintiendo en la conciencia un gozo puro que procede de Dios.

Pero hay más todavía. Después de tan hermosa obra, Juan viene á pasar cerca de una iglesia, se apea para ir á dar gracias á Dios por haberle concedido esta victoria sobre sí mismo y haber podido perdonar. Mientras está en oración, el gran Crucifijo que está en el altar mayor inclina la cabeza para agradecerle su generosidad. Conmovidó hasta lo más íntimo del alma, Juan dejó el mundo, se hizo religioso y santo, y hoy es San Juan Gualberto. Acordáos, hijos míos, de su nombre para invocarle cuando os sintáis tentados de venganza.

Ya veis si esta historia es bonita, y estoy cierto que os servirá más de una vez y que os aprovechará.

Cat. Mas volvamos á las explicaciones. Un juramento es malo: 1.º, cuando se hace sin necesidad; 2.º, cuando se hace para sostener una mentira, y en este caso se llama *perjurio*.

Cat. Esteban, ¿cómo se llama el juramento hecho para sostener una mentira?—*R.* Perjurio.

Cat. ¿Qué cosa es perjurio?—*R.* Es el juramento hecho para sostener una mentira.

Cat. Muy bien. Voy á preguntar lo mismo á varios; atención. Pablo. Julio. Celestino.

Cat. ¿Andrés, piensas que el perjurio sea gran pecado?—*R.* Sí, señor.

Cat. ¿Por qué? . . . Estás dudando. Oid la respuesta. Hacer semejante juramento es pedir á Dios que quiera confirmar una mentira. Es, en cuanto es posible, hacer mentir á Dios, que es la verdad misma. ¡Es horrible!

Cat. Augusto, ¿es éste gran pecado? . . . ¿Por qué? . . . Y tú, María. . . Anastasia. . . Concepción? . . .

Cat. Si alguno de vosotros ha tenido la desgracia de cometer ese pecado, sin duda no sabía lo horrible que es. Pida á Dios perdón de ello, y cuando se vaya á confesar acúselo: Dios es Padre misericordioso y se lo perdonará. Hijos míos, no hay que jurar sin necesidad, y si la necesidad nos obliga á hacerlo, hagámoslo siempre con toda verdad.

No se puede jurar más que en justicia ó por cosas muy graves y cuando no hay otro modo de probar la verdad.

En cuanto es posible no se ha de jurar, sino decir francamente sí ó no, como Cristo nos enseña.

A veces se hace juramento para confirmar una promesa; pero para que sea lícito es menester que la cosa de que se trata sea buena y grave. Si lo que se promete es de poca importancia, por ejemplo salir á paseo, será pecado leve; pero si es grave, por ejemplo vengarse, será pecado mortal.

El que promete una cosa mala, peca, y su juramento es nulo. Si cumple lo prometido, comete nuevo pecado. Doy una estampa al que me cuente un juramento de esta clase referido en el

Evangelio. Os voy á ayudar un poco: se trata de la muerte de San Juan Bautista, ¡Ah! bien! Juan nos quiere referir el hecho. Esto prueba que conoce la historia de su santo patrono.

Cuéntala bien y tendrás la estampa . . .

Cat. Por fin el juramento también es malo si se hace en confirmación de una promesa que no se quiere cumplir. Es un pecado muy grave porque equivale á tomar á Dios por testigo de una mentira.

Nos queda que hablar todavía de la blasfemia, de las imprecaciones y de los votos. Como esta materia es muy importante, la dejaremos para otro día á fin de no cansaros. Pero resumamos brevemente lo que acabamos de ver. Mucha atención porque os voy á preguntar á casi todos. . . .

SEGUNDA LECCION.

En el nombre del Padre, etc. . . . (La oración de costumbre.)

Cat. No quise deciros nada, hijos míos, antes de la oración, para ver si os vais acostumbrando á hacerla bien. Estoy satisfecho, la hicisteis muy bien, y estaréis contentos de mí porque al fin del Catecismo os contaré una historia muy bonita; el solo título es muy interesante, se llama: *la oración de los mosquitos*. Luis, si se me olvida mi promesa, me la recordarás. Pero si no estáis muy atentos durante el Catecismo, tendré el pesar de no contárosla.

Cat. Veamos rápidamente todo lo que explicamos la otra vez. Atención. Contestadme con presteza y sin equivocaros. . . . Muy bien, veo con gusto que habéis escuchado; os voy á proponer algunas dificultades y luego acabaremos la explicación. Aquí tengo cinco estampas. A ver quién las quiere ganar.

Cat. Pablo, supongo que entras en el almacén de un platero. El dueño está ausente, y cuando llega, ve que le han robado una cadena de oro. Te acusa: ¿qué harás para probarle que no le has robado, si has entrado con tu madre?—R. Tomaría á mi madre por testigo.

Cat. ¿Y si hubieras entrado solo?—R. Diría que no he robado la cadena porque no la he robado.

Cat. Está bien, pero el platero sigue acusándote y dice: "Júrame que no me has robado: ¿podrás jurar?"—R. Sí, señor, lo juraría.

Cat. Vamos á ver, y tú, Augusto, harías lo mismo?—R. No, señor.

Cat. ¿Por qué?—R. Porque no se debe jurar sin necesidad.

Cat. Pablo y Augusto no están de acuerdo. ¿Quiénes piensan como Pablo y quiénes como Augusto? Julio. . . . Leoncio. . . . Matías. . . . Isabel. . . .

Cat. Pablo tiene razón. Se trata de una cosa grave, porque por haber robado una cadena de oro le echan á uno á la cárcel. Repite esto, Augusto. . . . Nicolás. . . .

Cat. Catalina. . . . si Pablo, digo mal, porque Pablo es incapaz de cometer tal hurto; si el niño acusado hubiese robado en efecto la cadena y tuviese la osadía de jurar que no la había robado,

¿cómo llamarías ese juramento? Quizá juramen-
to sin nece. . . —R. Sin necesidad.

Cat. ¡Cuidado! no piensas en lo que dices. Lo
hice adrede, como lo haré después algunas ve-
ces para obligaros á reflexionar antes de res-
ponder. Pedro, ¿cómo lo llamarías?—R. Un per-
jurio.

Cat. Muy bien. Repite, Catalina.... dinos qué
cosa es perjurio

Cat. Ahora hay otra dificultad. Un muchacho
que llamaremos Urbano, entra en casa del pla-
tero y roba un hermoso reloj. El platero le acu-
sa.... Cuidado; aquí viene la dificultad. Urbano,
que es mal muchacho, jura no haber robado; pe-
ro el platero, cogiéndole por el pescuezo le regis-
tra y recobra el reloj que Urbano tenía en su bol-
sillo, dándole dos buenos bofetones para ense-
ñarlo á no ser más ladrón. Furioso Urbano, jura
pegar fuego á la casa: éste es el segundo jura-
mento. Todavía no acaba, porque el platero le
dice: "No me pegarás fuego; te voy á acusar y
te llevarán á la cárcel.—No me acuse Vd., res-
ponde Urbano, y le juro darle cien pesetas." No
tenía intención de darle nada; pretendía tan so-
lo escapar de la cárcel. Por fin, cuarto juramen-
to. Urbano vuelve á casa. Su madre, que le ve
llegar algo tarde, le acusa de haber escapado en
vez de ir á la escuela; la madre tenía razón; pe-
ro, para engañarla, Urbano jura que ha ido á la
escuela. ¡Qué desventurado y culpable es el po-
bre Urbano! Veamos, Pablo, ¿que juzgas del pri-
mer juramento cuando sostiene que no ha roba-
do el reloj? ¿Es acaso jurar sin nece.....?—R. Es
un perjurio.

Cat. Muy bien. No has caído. ¿Y el segundo,

cuando jura poner fuego á la casa, es perjurio?
—R. No, señor, es un juramento malo.

Cat. Bien; ¿y cuántos días puede esperar Ur-
bano antes de poner fuego sin violar el juramen-
to? ¿Podrá esperar dos, tres días?—R. No está
obligado á cumplirlo siendo juramento malo, y
si lo ejecutase, cometería un nuevo pecado.

Cat. Muy bien. Te quería hacer equivocar, pe-
ro has contestado muy bien. Allá va la estam-
pa. ¿Qué piensas del juramento en que promete
cien pesetas, Luis? (1). R. Es un perjurio.

Cat. ¿Y el cuarto en que engaña á su madre,
Pedro?—R. Es un perjurio.

Cat. ¿Nada más? Fijaos bien todos. A ver,
Juan.—R. Hay además juramento sin necesidad.

Cat. Muy bien. Otra estampa para Juan. Que-
da aún otra dificultad. Urbano es acusado; ya
está ante el juez. Frente á él está un Crucifijo.
Urbano no dice:—"Juro que no he robado el re-
loj; sino: Yo no he robado el reloj." Augusto,
¿qué juramento es éste?—R. No es más que una
mentira; pero no hay juramento.

Cat. Pero si al principio de la audiencia, Ur-
bano hubiese levantado la mano hacia el Cruci-
fijo, ¿no cometería un perjurio?—R. Señor, esto
equivale á hacer un juramento.

Cat. Está muy bien, y me gusta tanto más la
respuesta cuanto que no os había dicho nada de
eso; pero se conoce que otros te lo han enseñado
y no lo has olvidado. Toma tu estampa.

Cat. Luis, si hubieras sido Urbano, ¿qué hu-

1. Es muy conveniente poner á veces el nombre del
niño al fin de la pregunta, logrando así que todos estén
atentos y alerta.

bieras hecho en vez del infeliz muchacho cuando le acusó el platero?—R. Señor, creo que hubiera confesado mi culpa y que le hubiera pedido perdón.

Cat. Pero te exponías á que te llevasen á la cárcel.—R. Más vale ir á la cárcel que ofender á Dios.

Cat. Muy bien. Mereces también una estampita. Sí, hijos míos, muy hermosa es la franqueza; sed sinceros, no os excuséis nunca con una mentira y mucho menos con un perjurio; ¡antes morir! Un ladrón puede evitar la cárcel con una mentira; pero no evitará otra mucho más terrible, la del infierno, que es cárcel de fuego. Y si logra el perdón de su pecado con la confesión y el arrepentimiento, corre todavía mucho riesgo de ir á la terrible cárcel de fuego del Purgatorio.

Os voy á contar ahora una historia que no olvidaréis jamás. En Inglaterra, una mujer se fué al mercado á comprar legumbres. Cuando las hubo tomado, en vez de pagarlas se quedó con su dinero; en vano le reclamaban; afirma que ya las pagó y.... no me atrevo á decirlo... y lo confirma con un juramento. "Juro, dice, que he pagado; y si miento, que Dios me mate." Al acabar estas palabras, cae muerta, encontrándose en sus manos crispadas las monedas que guardaba injustamente.

¡Qué desgraciada! Los magistrados de la ciudad en que pasó el caso, para inspirar á todos el horror al perjurio, levantaron un monumento conmemorativo en el lugar mismo donde la infeliz fué herida de muerte. Triste y horrible historia es ésta; pero para premiar vuestras bue-

nas contestaciones, quiero contaros otra que no os entristecerá tanto.

Muchas veces habéis oído hablar de aquel gran rey de Francia que se llama San Luis. Ese gran rey, al frente de todo el ejército, iba á Tierra Santa para reconquistar á los infieles el santo Sepulcro de nuestro Salvador. Para probarle y dar ocasión de hacer resplandecer su virtud, permitió Dios que cayese prisionero en manos de los musulmanes. Estos, para devolverle la libertad, exigían al rey un juramento en cuya fórmula esos moros habían insertado palabras injuriosas á Dios. Pues bien, S. Luis tenía la costumbre de no jurar nunca; decía sencillamente: si ó no. Como se trataba de su libertad, bien hubiera podido hacer el juramento que se le pedía si no hubiera contenido esas palabras injuriosas á Dios. Oid su respuesta: "No quiera Dios que semejantes palabras salgan jamás de la boca de un rey de Francia, cueste lo que costare." El sultán, á quien refirieron la respuesta, mandó de nuevo á sus emisarios para obligarle á jurar con la misma fórmula. "El juramento ó la muerte," le dicen, poniendo la punta de sus espadas en el pecho del Santo: "Haced lo que queráis, contesta el rey con sencillez; mi cuerpo está en vuestras manos, pero mi alma pertenece á Dios. No quiero jurar."

Los emisarios, maravillados de tanta energía, se retiraron murmurando: "¡Jamás hemos visto cristiano tan resuelto!"

Niños, me queda otra estampita; no quiero guardarla; la doy al que sepa decirme el nombre de la madre de San Luis, y con qué palabras acostumbro á su hijo á tener grande y profundo ho-

rror al pecado. . . Luisa parece saberlo, á ver.—
R. Señor, la madre de S. Luis se llamaba Blanca de Castilla, y decía muchas veces á su hijo: “Prefiero verte muerto que culpable de un solo pecado mortal.”

Cat. Muy bien; apostaría que tu madre ha sido quien te lo ha enseñado. Repetid, hijos míos, esa sentencia y no la olvidéis. . . . Respetad el santo Nombre de Dios y estad siempre dispuestos á morir antes que deshonrarle con malos juramentos.

Cat. Pero prosigamos la explicación: Pedro, ¿qué cosa es blasfemar?—R. Blasfemar es decir palabras injuriosas. . . . etc.

Cat. ¿Y es posible, hijos del alma, que el hombre, que no ha recibido de Dios más que beneficios, pueda caer en tan horrible pecado? ¡Ay! sí, niños muy amados, y quiera el cielo que ninguno de vosotros caiga en tan horrenda desgracia.

Cat. Enrique, ¿sería blasfemar decir que Dios no es justo, que la Santísima Virgen no es buena y otras cosas que mi boca no se atreve á repetir?—R. Sí, señor, porque son palabras injuriosas á Dios y á la Santísima Virgen.

Cat. Hay otros modos de blasfemar, por ejemplo, pronunciar sin respeto el santo Nombre de Dios, en cólera, haciéndolo muchas veces, profiriendo palabras groseras é inmundas. Quizás, pobrecitos, lo hayáis oído muchas veces. ¡Qué horrible! Y lo más horrible es que muchas veces se encuentran niños que tienen tan maldita costumbre.—Un día, un misionero, llegando á una aldea, oyó á unos niños blasfemar. Sobrecoigido de horror les dijo: “En este pueblo se habla castellano, y si algún forastero hablase alemán,

se diría que es alemán; vosotros habláis el lenguaje del infierno, lo que prueba que sois del infierno, y que iréis al infierno!”

Cat. Pablo, ¿es gran pecado blasfemar?—R. Sí, señor.

Cat. Si fueras rico y tuvieras un criado que de costumbre blasfemase, ¿qué harías?—R. Señor, yo le impediría que blasfemase.

Cat. Está bien. Antiguamente, en tiempo de San Luis, cuando alguno blasfemaba se le atravesaba la lengua con hierro candente la primera vez; á la segunda que se le oía blasfemar, se le cortaban los labios; y á la tercera, se le desterraba del reino. No eran demasiado severas esas penas, porque las blasfemias atraen grandes castigos. La Sma. Virgen, cuando apareció en la Saleta, dijo que no podía ya detener más el brazo de su divino Hijo, airado por tantas blasfemias. Este pecado lleva al infierno: cuando lo oigáis no os quedéis insensibles, hijos míos; se trata de injurias á vuestro buen Padre del cielo. Desagraviadle entonces para consolar su Corazón afligido, diciendo por ejemplo: “Alabado sea el Santísimo Sacramento,” ó “Dios mío, yo os adoro,” ó tambien “Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo”

Cat. Adolfo, ¿qué se ha de hacer cuando se oye blasfemar y no se puede impedirlo?—R. Hay que reparar la blasfemia.

Cat. ¿Cómo?—R. Diciendo alguna jaculatoria, por ejemplo: “Gloria al Padre”

Cat. Muy bien. Repitamos esto. . . . Luis. . . . Juan. . . . Refugio. . . . Un día, un niño llegó algo tarde de la escuela; su padre le riñó con acrimonia y blasfemando. Entonces el pobre niño, tris-

tísimo de ver que era la causa de esa ofensa á Dios, se arrojó á los pies de su padre, diciéndole con lágrimas: "Padre, se lo ruego, pégueme; pero no blasfeme." El padre, conmovido en lo íntimo de su corazón, se calmó y de allí en adelante no volvió á blasfemar. Tanto como eso puede un niño que ama á Dios.

Cat. Hay palabras feas y groseras que no quiero repetir, pero que se oyen á veces en boca de los niños mal educados. Es una mala costumbre: empiezan por echar esas palabras, indignas de un cristiano; á fuerza de repetirlas se acostumbran á ellas y acaban por blasfemias. Evitad esas palabras detestables, que harían creer que no sois niños bien educados.

Cat. Un poco más de atención, y acabamos. Augusto, ¿en qué consiste echar imprecaciones? —R. Consiste en expresar deseos de males y desgracias contra sí mismo, contra el prójimo ó contra las criaturas.

Cat. Ya entendéis bien que eso ultraja á Dios, y á veces se han visto realizados semejantes deseos. Cierta día, un padre y su hijo, llenos de cólera, se llenaban de injurias. El hijo, furioso, llegó á prorrumpir en imprecaciones, y dijo: "Ojalá le abrase el fuego del cielo y le aplaste." A la noche, el rayo cayó en la casa del padre, creció el incendio, y la casa al derruirse, aplastó en sus escombros al desventurado anciano.

Nunca habéis de decir: "Si tal cosa no es así, que el diablo, . . . ábrase la tierra y trágueme, etc.!" ¡Pobrecitos de vosotros si Dios tomara la palabra á esos desgraciados! Mas Dios es paciente, se calla ordinariamente; pero á la hora de la

muerte esos pecados recibirán muy terribles castigos.

Ya no queda más que el voto. El voto es una promesa hecha á Dios de hacer alguna buena obra, con intención de obligarse á ella bajo pecado. *Es una promesa hecha á Dios.* No es pues una simple resolución, sino una promesa. Y no sólo se promete algo, sino que se promete bajo pecado, es decir, que tiene una intención de obligarse de tal modo que si se faltase á la promesa sería culpable de pecado.

Por fin, la cosa que se promete ha de ser buena, porque el objeto del voto es honrar á Dios, y una cosa mala ó indiferente no puede honrar á Dios.

Cat. A ver si me habéis entendido. Para que haya voto, es menester que concurren tres condiciones; ¿verdad, Pablo? Primero, una prom. . . —R. Promesa. Segundo, una promesa so pena de pec. . . —R. De pecado. Tercero, que se prometa una cosa. . . —R. Buena.

Cat. Bien: repitamos lo mismo. Pascual, para que haya voto se necesita primero. . .

Cat. Adrián, Augusto está enfermo y dice: *Si sano seré muy obediente.* ¿Hizo voto con esto? —R. Sí, señor.

Cat. Francisco. . . Amelia. . . Cecilia. . . Augusta. . .

Cat. No estáis de acuerdo. Los más dicen que no hay voto sino resolución, y tienen razón. Pero en vez de eso, dice: *Si sano iré á Lourdes.* ¿Hizo voto ahora, Pedro? —R. No, señor; es una promesa.

Cat. El enfermo dice: *Si sano, hago voto de ir á Lourdes.* Sana y no va á Lourdes, ¿pecó? —R. Sí, señor.

Cat. ¿Cómo es eso? Voy á probarte que te equivocas. Se equivocó Pedro y vais á verlo.

Dime Pedro, ¿en qué precepto de Dios ó de la Iglesia se nos manda ir á Lourdes? Está muy bien que se frecuente ese santuario; pero que haya obligación bajo pecado, no lo veo. A ver.—

R. No hay precepto; pero cuando uno ha hecho voto de ir á Lourdes, tiene obligación de cumplirlo bajo pecado.

Cat. Muy bien. Y tú Andrés, si el enfermo dijera: *cuando sane hago voto de irme á pascar*, y luego que sana no sale, ¿ha pecado?... No contestas. La pregunta es algo difícil, es cierto; pero ¿puede hacerse voto de una cosa que en sí no es ni buena ni mala?—*R.* No, señor; no ha habido voto.

Cat. Y si hubiera tenido la desgracia de decir: *Si sano, hago voto de hacerme ladrón*, ¿habría hecho voto y estaría obligado á hacerse ladrón?—*R.* No, señor; no hizo voto ninguno, porque hacerse ladrón es una cosa mala: no está obligado á nada.

Cat. Última pregunta. Si contestas bien, Andrés, te doy un punto; ya tienes ganado la mitad. Hay un niño muy enfermo, pero no está dispuesto para irse al cielo, no es bastante virtuoso. De repente se echa de rodillas al pie de su cama y dice: *Dios mío, si me curáis, hago voto de hacerme religioso*. Supongo que no hay que reprender nada en este voto y qué me dirás: *Está muy bien*. En efecto, la cosa prometida á Dios es buena y excelente, y si caes enfermo no podrás hacer cosa mejor. ¿qué te parece?

Cat. Ya empiezas á dudar. Vamos, te voy á poner en camino. Fíjate que el niño se levantó de repente é hizo el voto. ¿harías así?—*R.* Me

parece que obró muy á la ligera y que hubiera debido consultar á su confesor.

Cat. Muy bien. Hijos míos, no hay que hacer voto, por pequeño que sea, sin haberlo pensado bien y haber consultado á su confesor. Pero, una vez hecho, hay que cumplirlo fielmente, porque ya se ha comprometido con Dios.

Cat. Hemos acabado la explicación. Espero que en el próximo Catecismo vais á sacar muchos puntos, porque habéis estado muy atentos; Dios os bendecirá. Vamos, pues, á dar gracias... pero me parece que Luis no está contento.—*R.* Señor, nos prometió V. contarnos la historia de la oración de los mosquitos.

Cat. Es verdad. Pero si esto os fastidia, lo dejaremos para otra vez; ¿qué os parece?—*R.* No, señor; ¡ahora! ¡ahora!

Cat. Bueno, cumplo pues con mi palabra. Habréis, sin duda, oído hablar de Santa Rosa de Lima. Otro día os contaré algo de su vida, y creo que os gustará. Hoy no os diré más que uno de sus tan hermosos rasgos. Oíd, pues, con atención. Santa Rosa era muy laboriosa y afanosa y gustaba mucho de tener oración. Trabajaba pues con mucho ardor para tener tiempo de conversar lo más posible con Dios en la oración. En efecto, ¡es tan grato poder hablar con Dios, nuestro Padre celestial, siempre que queramos! ¡Cuánto hemos de apreciar nuestras oraciones!

Para no tener distracciones durante su oración, Santa Rosa, con consentimiento de sus padres, se hizo construir una cabanita en el rincón del jardín. Cuando había acabado su trabajo, se la veía entrar en aquel retiro; allí se ponía de rodillas, bajaba los ojos y decía: *Dios mío, con-*

cededme la gracia de orar con fervor. Esta es una costumbre, hijos míos, que deberíais adquirir, y quizá muchos no hacen bien la oración porque se olvidan que nada bueno podemos hacer para el cielo sin el auxilio divino.

¿Creéis acaso que Rosa estaba sola? pues no es así: ¿quién la acompañaba? Me diréis que el ángel de la guarda; así es, pero había otros muchos que no eran ángeles; había una multitud de mosquitos. Y notad bien que en Lima, en el Perú, los mosquitos son mayores que aquí; tienen un aguijón muy largo lleno de veneno. No creáis que la hayan inquietado, porque los amigos de Dios están especialmente bajo su protección, y aquel buen Padre del cielo tiene por ellos las mismas delicadas atenciones que la más cariñosa madre. Procurad ser santos y veréis si digo verdad.

Santa Rosa vivió en esa soledad muchos años y nunca la picaron los mosquitos; y lo más admirable es que cuando Santa Rosa entraba en su modesta celda, todos esos mosquitos la rodeaban y ensordecían con su zumbido como para manifestarle el gusto que tenían de verla consigo. Varios venían á posarse en el rostro, en las manos, sin hacerle daño ninguno, y volvían á volar de nuevo. Llegado el tiempo de la oración, Rosa decía á todos esos inquietos insectos: *Amigos míos, voy á orar, guardad silencio.* Entonces todos los mosquitos se paraban y quedaban pegados á las paredes y al techo de la cabaña. Hubiérase creído que ellos también hacían su oración.

Mas cuando la Santa se levantaba, después de persignarse al fin de su meditación, adiós silen-

cio y reposo; todos empezaban de nuevo á festejarla con su incesante zumbido.

¿Verdad, niños muy queridos, que esta historia es hermosa? Estoy cierto que con esto os animaréis á hacer bien vuestras oraciones. Pero, vosotros también tenéis el cuarto de vuestra cabañita lleno de grandes mosquitos, y son las muchas distracciones que os perturban; habéis pues de decirles cuando vais á orar: *Voy á hablar con Dios; dejadme en paz, callaos, dejadme solo con Dios.* O en otros términos: antes de ponerlos á orar, habéis de recogerlos un poco para apartar todo pensamiento extraño y pedir á Dios os conceda la gracia de orar bien.

Con esto, ya se ve cuál es el fruto que hemos de sacar de esta instrucción, y es que haréis vuestras oraciones con mucha atención y respeto. Pongámoslo en práctica rezando todos juntos, para acabar esta lección, una fervorosa y santa oración.



APENDICES.

EJERCICIOS PARA NIÑOS.

No hemos olvidado aquella sentencia de San León Magno: *Cristo ama á los niños*; y como complemento podríamos añadir: *Los niños aman á Cristo*. El alma tan pura de Jesús y la de los niños tienen entre sí mutuos atractivos; los niños son arrastrados naturalmente hacia Jesús, y el Divino Salvador no dijo á sus Apóstoles: "Obligad á los niños á que vengan á mí; sino sencillamente: *Sinite parvulos venire ad me, nolite prohibere eos*. Dejad que los niños vengan á mí, no les estorbéis. Dejadlos venir; por sí solos vienen á mí."

Mas ¡ay! el infierno se ha arrojado sobre esta parte tan querida del rebaño de Cristo. Todos sus esfuerzos se ordenan á impedir con todo ahinco que los niños se acerquen á Jesús, á arrebatárles el conocimiento y amor del Divino Salvador, y si fuera posible quisieran hacerles olvidar su nombre, ó si se lo enseñan no es más que para enseñarles á aborrecerlo y á blasfemarle.

¡Cuán desolador y cuán hondo es este mal que se va aumentando más y más cada día! Ya se ven almas de niños, almas benditas que acaban de salir de las manos del Creador, ignorar y hasta despreciar quizás á Aquel que las sacó de la nada, las salvó y las rescató, á Jesús que las ama con un amor de predilección capaz de causar envidia á los mismos ángeles.

¡Cuántos de esos pobrecitos inocentes no están arrastrados muy lejos en el inmenso naufragio de las almas! A los generosos amigos del Salvador incumbe trabajar con todo ahinco y á costa de cualquier sacrificio por salvar á esos amigos tan queridos del Divino Maestro, instruyéndolos primero en el conocimiento de Jesús por medio del Catecismo, y restableciéndolos y robusteciéndolos en su amor por medio de santos ejercicios.

La segunda parte parece difícil, porque es tarea seria y los niños son muy ligeros. Sí, los niños son ligeros, es cierto, pero no son perversos ni están arraigados en el mal, y tienen una imaginación viva, un corazón excelente; Jesús les ama, y su gracia es poderosa, y por fin están en peligro de condenarse y hay que salvarles.

El mismo secreto que sabe formar un buen catequista formará también al buen director de ejercicios. Haya verdadero amor de los niños, verdadero celo de la gloria de Dios, y los ejercicios se verán llenos de abundantes bendiciones; solicítense las oraciones de los niños, de los amigos de los niños, póngase cada cual en oración y lloverá abundante gracia sobre esas almas que costaron también la Sangre de un Dios.

El catequista ha de esforzarse en convertir á

los niños por la oración al mismo tiempo que se esfuerza en hacerlo por medio de la palabra.

El predicador ha de ser un Eliezer que no perdona trabajo para traer al hijo de su Señor una digna esposa; su suprema ambición ha de ser conquistar al mismo tiempo el Sagrado Corazón de Jesús y el corazón de los niños para acercarlos entre sí y unirles el uno al otro con el dulce vínculo de un amor recíproco.

El sacerdote que por la práctica de los Catecismos haya adquirido cierto conocimiento de los niños, tendrá seguramente muy feliz éxito cuando les dé los ejercicios, porque tendrá en su corazón de sacerdote el elemento más seguro de recoger abundantes frutos, á saber: el doble amor de Dios y de las almas.

Permítasenos citar aquí algunos pensamientos del Presbítero Mulois; están llenos de verdad y demuestran una experiencia no vulgar en la dirección de los niños.

“No es tanto lo que se dice á los niños, lo que les aprovecha, sino el modo de decírselo. Es el corazón, el tono de voz, el alma lo que consigue todo: en todo su modo de obrar se habría de reconocer cierto soplo divino.

“Los ocho días que preceden á los ejercicios, desearía que se meditase sobre el amor de los niños y sobre el valor de sus almas.

“No busquemos mucho lo que les hemos de decir, pero sí procuremos buscar ese no sé qué que llega al alma y nos obligaría, hasta cierto punto, á exclamar: *Siento que ha salido alguna virtud de mí.*

“Procuremos que los niños lleven grato recuerdo de Dios, de la Religión y del sacerdote, y

entreguémoslos en manos de la Divina Providencia.”

Con razón podríamos aplicar al director de ejercicios aquella hermosa sentencia de S. Agustín: *Ama y haz lo que quieras.* Si se ama á los niños, todo lo que les digáis producirá hermosos frutos.

No se puede negar, sin embargo, que en igualdad de circunstancias, mejor saldrán unos ejercicios bien dirigidos que otros que no lo fueran tanto. Por eso vamos á tocar algunos puntos particulares.

En primer lugar conviene que los niños noten que están bien vigilados. Para los niños, sobre todo, el temor es el principio de la sabiduría. Bastarían dos ó tres inquietos para trastornarlo todo. No olvidemos tampoco que el enemigo andará rondando para coger su presa.

Si se trata de ejercicios en tiempo de Cuaresma, no se podrá reunir á los niños más que dos veces al día, fuera del jueves que se escogerá para concluir los ejercicios. Entonces habrá que decir mucho en poco tiempo; se habrán de variar los ejercicios para que cada uno de ellos no les canse mucho.

Puede empezarse con algunas advertencias, alguna plática familiar y amable sobre las virtudes de los niños. No se trata sólo de hacerles confesarse bien, sino de ponerles en camino de una vida mejor en lo porvenir.

Las advertencias y la plática pueden durar de diez á doce minutos; y luego, como si lo dicho no perteneciera al ejercicio, se empieza con persignarse, etc., de modo que los niños estén tan atentos como al principio de la reunión.

La instrucción durará unos veinte minutos. Interesadles desde el principio con algún ejemplo bien escogido, con una pregunta á la que tenéis que contestar. Cuando hayais excitado así la atención de esas pobrecitas almas, no temáis sacudirlas fuerte. Enseñadles las verdades eternas; teniéndolos dos días en la vía purgativa y luego pasaréis á la Pasión de Cristo Nuestro Señor y á la Santísima Virgen.

No os fiéis fácilmente de su aparente atención; muchas veces sus ojos estarán clavados en el predicador mientras que sus pensamientos los llevarán á muy distinto lado. Proponedles algunas cuestiones á las que fácilmente puedan contestar con dos ó tres palabras. Interrumpid á veces con algún ejemplo, y volved luego al primer asunto. Con estas pequeñas estratagemas conseguiréis sin dificultad una atención tan perfecta á la última instrucción como á la primera. Imitad al pescador que con una mano echa el cebo y con la otra tiende la red.

En los ejercicios preparativos á la primera comunión, procurad tener constantemente á los niños en presencia de Jesús Sacramentado. Enseñadles á amar entrañablemente ese grande y tan suave Sacramento que con tan ardientes deseos se disponen á recibir. Habladles más á menudo de la dicha de una buena comunión que de la desgracia de la mala. Inspiradles gran confianza con su confesor.

Ponedles frente á las verdades eternas para excitar en ellos la contrición perfecta; decidles que el cielo es la eternidad con Jesús, el infierno la eternidad sin Jesús y en medio del fuego; llevadles al Calvario para que lloren sus peca-

dos, pero sobre todo llevadles muchas veces al sagrario.

Si los ejercicios se dan en una capilla, llevad allí el Santísimo Sacramento, para que estén siempre cerca del Corazón de Jesús.

Si les habláis de la renovación de las promesas del Bautismo, colocadles en el sitio que han de ocupar en la misa de primera comunión; los tendréis así más atentos y menos turbados.

Si les decís algo antes de la Comunión, sed breves y llenos de santo ardor. Abstenéos de hablar contra los que se acercasen en mal estado, porque si los hay no se retraerán y podríais dar ocasión para que algún niño escrupuloso hiciese quizás una comunión sacrílega. Lo mejor en estas circunstancias es desarrollar los actos antes de la Comunión, hacerles repetir actos de contrición y de amor que purifiquen su conciencia de las mancillas que puedan haber tenido después de la absolución y que abrasen sus corazones.

Después de la Comunión, haced lo mismo que antes para encender de nuevo los sentimientos tan fervorosos que se encierran en los actos de hacimiento de gracias, etc., que se suelen encontrar impresos para después de comulgar.

El sermón sobre la perseverancia ha de ser breve y lleno de viveza para no cansarlos más; ha de dejar huella en su alma. El de Cristo á los Apóstoles después de su primera Comunión, se compendia en estas palabras: *Manete in me;* quedemos unidos.

No estará tampoco fuera de tiempo comentarles aquel sabio consejo de San Alfonso María de Ligorio: *Tened la pasión del estado de gracia.*

Como el avaro tiene la pasión del oro, quiere poseerlo, acrecentarlo, lo busca cuando lo ha perdido; así el buen cristiano, el que hace la primera Comunión ha de tener la pasión del estado de gracia, ha de poner todos sus cuidados para conservarlo y aumentarlo con la práctica de todos los mandamientos. Y si por desgracia viniera á perderlo, no ha de tener reposo hasta recobrarlo por el Sacramento de la Penitencia.

Como medio de perseverancia, fijáos, sobre todo, en la Santa Comunión, tan frecuente como se pueda. Si los niños comulgan, orarán, evitarán las ocasiones; en una palabra, serán fieles á los demás medios de perseverancia que son accesorios con respecto á éste. *Si no comiereis mi carne, no tendréis vida*, dijo el Divino Maestro. Suavizad esta instrucción con ejemplos llenos de interés. ¡Qué dicha si cada uno de los niños hiciese este propósito: *No quiero apartarme de Dios y para eso quiero comulgar á menudo!*

Para terminar pondremos dos modelos de ejercicios para niños, el uno para la Cuaresma y el otro para la primera Comunión.

EJERCICIOS DE CUARESMA

para niños que no han hecho su primera Comunión

LUNES.

Mañana.—Apertura de los ejercicios.

Tarde.—1.º *Advertencias* sobre el modo de levantarse.

- 2.º *Plática* sobre el respeto debido á los lugares sagrados.
- 3.º *Instrucción*.—Juicio universal.

MARTES.

Mañana.—*Advertencias* sobre la mentira.
Plática sobre la confesión.

Instrucción.—Cielo é infierno.

Tarde.—*Advertencias* sobre el modo de tomar cristianamente el sueño.

Plática sobre la oración.

Instrucción.—Dicha del estado de gracia.

MIERCOLES.

Mañana.—*Advertencias*.—El ángel de guarda.
Plática.—La Santa Misa.

Instrucción.—Estado desgraciado del que vive en pecado mortal.

Tarde.—*Advertencias* sobre el Catecismo.

Plática.—Deberes para con los padres

Instrucción.—El Hijo pródigo ó la Pasión.

JUEVES.

Mañana.—María.

Tarde.—Propósitos. Perseverancia. Desagravio al Santísimo Sacramento.

EJERCICIOS PARA LA PRIMERA COMUNION.

PRIMER DIA.

La vispera.—Apertura.

Mañana.—*Avisos* sobre las tentaciones durante los ejercicios.

Plática sobre los deberes para con los padres, y los esfuerzos que cada niño ha de hacer para traerlos á la Sagrada Mesa.

Instrucción.—Jesús, nuestro Señor.

Tarde.—*Avisos*—Aconsejar el pedir perdón á sus padres.

Plática.—Las iglesias.

Historia.—El Hijo pródigo.

Al anochecer.—*Avisos*.—El Angel Custodio, los Santos Patronos.

Plática.—Confesión.

Instrucción.—Jesús, nuestro Juez.

SEGUNDO DIA.

Mañana.—*Avisos*.—Oración.

Plática.—La Santa Misa (el altar) (1)

Instrucción.—Cielo é infierno. (El mal rico y Lázaro.)

Historia de conversión ó de primera Comunion.

1 En las pláticas se puede hablar de los diversos objetos que se refieren á la Sagrada Eucaristía, haciendo aplicación de ellos á alguna virtud que los niños hayan de practicar.

Al anochecer.—*Avisos*.—Generosidad.

Plática.—Humildad (el santo Copón)

Instrucción.—Jesús, nuestro amigo y nuestro hermano.

TERCER DIA.

Mañana.—*Avisos*.—Aprovechar este día.

Plática.—Pureza (los manteles del altar.)

Instrucción.—Jesús, nuestro alimento. (Buena y mala comunión de los Apóstoles.)

Tarde.—*Avisos*.—Preparativos materiales.

Plática.—Imitación de Jesucristo (la Custodia.)

Historia.—Algún rasgo de la vida de la Santísima Virgen.

Al anochecer.—Exhortación acerca de la contrición.

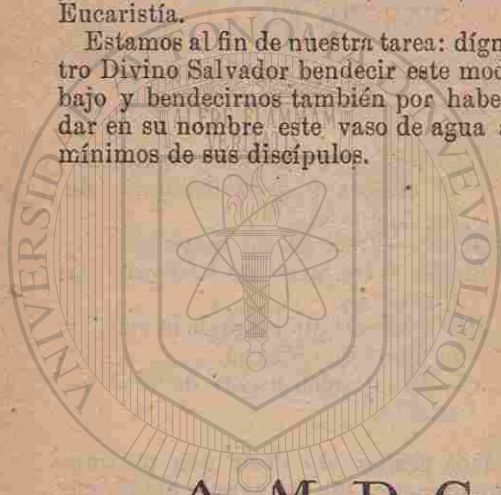
No podemos acabar sin decir una palabra acerca de una práctica tan del agrado del Sumo Pontífice: la comunión mensual de los niños. Tiene por objeto tan santa costumbre constituir uno de los más principales medios de resurrección y de salvación de nuestro desventurado país.

Para hacerla más fructuosa, nos parece que convendría hacerla preceder de una instrucción sobre el Sacramento de la Penitencia, ó también de preferencia sobre la Sagrada Eucaristía ó la Comunion.

Hablándoles de estos altos misterios del amor de Jesucristo, se atrae á los niños á la Sagrada

Mesa. En esto consiste también la sublime misión del sacerdote, en descubrir á las almas al Dios de nuestros altares, en hacer la educación eucarística de los niños, en enseñarles á recibir y asimilarse este divino alimento, la Sagrada Eucaristía.

Estamos al fin de nuestra tarea: dígnese nuestro Divino Salvador bendecir este modesto trabajo y bendecirnos también por haber querido dar en su nombre este vaso de agua á los más mínimos de sus discípulos.



A. M. D. G.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

II.

BIBLIOTECA DEL CATEQUISTA.

Bajo este título apuntamos la lista de libros que pueden ser de mucha utilidad al catequista, tanto para estudiarlos como para repartirlos en premio á los niños. Los de la primera sección parecen más á propósito para premios; los de la segunda para instrucción del mismo catequista.

Sección primera.

- Opúsculos del P. Van Tricht.
- Opúsculos del Apostolado de la prensa.
- Opúsculos de Monseñor de Segur.
- Recreo Infantil*, 114 tomos diferentes; cada tomo tiene 20 páginas.
- Flores celestes ó Vidas de Santos*, 100 tomos diferentes; cada tomo 36 páginas.
- Cuentos para niños*, 104 tomos diferentes; cada tomo 20 páginas.
- Narraciones Bíblicas*, por el R. P. Berthe, 250 tomos.
- Ancora de la Infancia*. Devocionario.
- Breve Manual de piedad cristiana*.
- Recreo del Cristiano*, Devocionario para niños.
- Pequeño Lavallo de la Juventud*.
- Apostolado de la prensa*. Van publicados 52 folletos de 64 páginas y 27 tomitos de la *Biblioteca Popular*.

Sección segunda.

Biblioteca Popular de Sardá y Salvany.

Norma del Católico en la Sociedad actual, por el P. Arcos, S. J.

Catecismo de Perseverancia, por el Ab. Gaume.

Catechismus ad parrochos ex decreto Concilii Tridentini, jussu Pii V. P. M. editus.

Catecismo de la Doctrina Cristiana, por D. Santiago García Mazo.

Catecismo en ejemplos, por D. Miguel Pratmans

Répertoire du Catéchiste, por Schmid.

Verdadero libro del pueblo, ó conversaciones familiares de Doctrina Cristiana, por Beaumont; traducción de Ramón y Linacero.

Catecismo de controversias contra los protestantes, por Scheffmacher, S. J.; traducción de Don Juan González.

Explicación de la Doctrina Cristiana, por el P. Cayetano.

Catecismo Católico de la Doctrina Cristiana, por Ripalda y Astete, revisados y añadidos por el P. Angel de Arcos, S. J.

Tesoro del Catequista, por el P. José Mach S. J.

Además, el Centro General de la Congregación del Catecismo en este Arzobispado, se propone empezar muy en breve la publicación de una larga serie de opúsculos propios para la instrucción religiosa moral y social de los niños.

Oportunamente daremos aviso de esta obra de propaganda católica.

III.

CANTICOS

PARA

ANTES Y DESPUES DEL CATECISMO.

La experiencia nos ha enseñado que para conseguir que los niños sean muy asiduos en asistir á la Doctrina, uno de los mejores medios es hacerles cantar antes y después del Catecismo. En este ejercicio se interesan los niños que gustan de ensayar sus vocesitas, se interesan los padres de ellos, pues nada les encanta tanto como oír un coro en que tome parte su hijo ó su hija, y sobre todo se tiene la ventaja *imponderable* de aficionarlos á cantos honestos y devotos que eleven su alma al cielo sustituyendo, á lo menos varias veces, esos cantares profanos origen de la perdición de tantos.

Prefiéranse los más populares, y si en el lugar donde se da el Catecismo los niños ya saben algunos, no hay que descuidarlos, y hacerlos aprender á los que los ignorasen, añadiendo algunos nuevos para solemnizar, por ejemplo, alguna fiesta de Nuestra Señora ó de Nuestro Divino Salvador.

INDICE.

	Páginas
Al piadoso lector.....	7

PRIMERA PARTE.—Ejemplos y consejos.

I.—El catequista más perfecto.....	9
II.—Los grandes imitadores del Gran Modelo.....	11
III.—El buen catequista en nuestros días.....	14
IV.—Recompensa del buen catequista.....	19
V.—Un haz de buenos consejos.....	23
§ 1. Una lección de Catecismo.....	23
§ 2. Trabajo del Catecismo.....	26
§ 3. Atractivos del Catecismo.....	31

SEGUNDA PARTE.—El Catecismo en acción.

DOGMA.

Primera lección.....	42
Segunda lección.....	58
Tercera lección.....	69

MORAL.

Primera lección.....	75
Segunda lección.....	82

APENDICES.

I. Ejercicios para niños.....	88
II. Biblioteca del catequista.....	92
III. Cánticos para antes y después del Catecismo.....	95

A. M. D. G.

BX
B8
C.

80